

Criminalogia Moderna

Año II.

BUENOS AIRES, MARZO DE 1899.

Núm. 5

EL JURADO

El vasto programa de nuestra revista, en cuanto se refiere á la ciencia social en sus relaciones con las leyes de represión de los delitos y de las medidas adecuadas para conseguirlo, consultando á la vez la libertad civil de los habitantes, entraña necesariamente la dilucidación de problemas transcendentales en nuestra incipiente vida institucional.

Las reliquias vivientes de nuestros viejos luchadores, así como sus inmediatos sucesores, podrían decir á la generación presente lo que desde 1810 se ha adelantado hasta la fecha en la práctica de las instituciones que ellos trataron de cimentar tras de cruentos sacrificios; y cuáles son las responsabilidades de los que hasta aquí, sea por intento honrado, por negligencia, por pesimismo, ó cualquiera otra causa, han contribuido á la retardación y entorpecimiento de las funciones democráticas, bien delineadas y marcadas en la constitución nacional.

Limitámonos, aquí, á una *forma* de enjuiciamiento en materia criminal que proyecta intensamente principios fundamentales de la sociabilidad política.

En nuestra primera hoja insertamos el primer artículo sobre el jurado, haciendo historia y condensando elementos de estudio que ulteriormente serán ampliados y concretados en el concepto jurídico que nos merece la popular institución con sus aplicaciones prácticas en el medio ambiente destinado á su fructificación.

«No es tan fiero el león», como lo suponen espíritus imaginativos y rehacios al análisis.

Para el efectismo basta un pretexto, una frase que germine y fructifique á esti-

lo de hadas y encantadores de la infancia candorosa.

Y esa frase, á propósito del jurado, hace tiempo que fué hilvanada y lanzada á los vientos de la publicidad hasta encarnarse en los cerebros de un buen número de hombres dirigentes é influyentes.

«¡El país no está preparado!»

Pero resiste á convencerse y persuadirse acerca de las ventajas positivas de subterfugios constitucionales. No es creíble que la imposición del jurado sea inconsciente en una constitución definitiva que tiene historia propia y que ya va alcanzando medio siglo de vida, y cuyos preceptos en esta parte han sido reproducidos en las constituciones de todos los Estados que constituyen la nacionalidad argentina. En verdad, extraño sería, en presencia de los progresos alcanzados, interrogarnos otra vez si las instituciones son para los hombres ó éstos para aquéllas.

Bien sabemos, y de ello estamos persuadidos, que el jurado es resistido y temido por razones explicables en hábitos y resabios coloniales y de escasa reflexión, que rayan en desconfianza de la dignidad humana.

Pero muy digno de notarse es que á nuestra peculiar versatilidad legislativa no se le ha ocurrido en los conatos y convenciones de reformas fundamentales suprimir lo relativo al jurado.

Quizá habrá pesado la consideración de que lo que es excusable en política partidista no lo es en las esferas científico-sociales del gobierno, cuyas bases y principios tan sabiamente han sido establecidos en la carta fundamental, que debemos creer es obra de razón y de experiencia.

«La institución del jurado», dice Lieber, «ha venido á reunir en su realización dos de los grandes fines del Estado: la Libertad y la Justicia, dando al pueblo una participación directa en esta última, y evitando así que sea patrimonio exclusivo de una clase. El ciudadano no puede reivindicar un derecho más solemne que el de ser jurado. La sociedad necesita del Estado; el Estado obra por medio de leyes; las leyes son los grandes órganos de las colectividades humanas, las grandes manifestaciones de la razón aquilatada en la experiencia. Cuando llega el caso para el cual la ley ha sido hecha; cuando sobreviene el momento de aplicarla como solución á un conflicto concreto; cuando el principio abstracto ha de tomar forma en la vida práctica del derecho para la protección de los inocentes ó para el castigo de los culpables, es entonces que se libra al jurado el cumplimiento de su misión; al jurado, que es el ciudadano salido de las filas del pueblo. La ley inglesa designa, pues, con razón al jurado con el nombre de «El País». El jurado representa el país, no al gobierno.... El jurado es la encarnación de la ley viva, activa.»

Mucho sentimos que la falta de espacio nos impida reproducir los juicios respetables de la prensa nacional, sin distinción de idiomas, que se han emitido con motivo de la publicación de nuestro primer artículo sobre el jurado; pero en adelante nos complaceremos siquiera sea en extractar sus juicios autorizados, así como los de los gremios jurídicos y de los intelectuales de esta tierra que hospeda fraternalmente y asimila hombres de nacionalidades diversas, habituados á las prácticas de la tradicional institución, considerándola una de las más nobles conquistas de la libertad individual y social.

Es sabido que el actual Ministro de Justicia se preocupa de la organización de los tribunales y de sus leyes complementarias.

Nada más oportuno en los momentos actuales. El país mucho debe esperar de

esta clase de iniciativas si, como creemos, á ellas precede un estudio reflexivo y si son secundadas por el jefe del gobierno.

Afortunadamente, en cuanto puede inferirse de consecuencias en opiniones jurídicas, vale recordar que el general Roca, al final de su primera presidencia se reveló partidario de la institución del jurado con motivo del proyecto de ley sobre publicaciones que sometió al Congreso y que mereció la sanción de una de sus cámaras (el Senado). Dicho proyecto, según reza el mensaje del ministro Wilde (Agosto de 1886) era calculado también para su extensión oportuna á los delitos comunes.

¿Qué se ha progresado durante el tiempo transcurrido en materia de procedimientos penales? Nada más que lo suficiente para evitar con reformas parciales y contemporizadoras los reclamos y estallidos de la opinión pública contra la rutina y preocupaciones, siempre impotentes y estériles para fundar algo duradero.

A medida de sus progresos, el país exige una legislación inspirada en principios concordantes con sus instituciones.

Dícese generalmente que Napoleón se preocupó seriamente de la legislación civil para distraer á su pueblo de la política que él dirigía en gloria y beneficio de la nación.

La forma del procedimiento judicial es de tal importancia que, por excesos de sistema y reglamentación, puede llegar, como frecuentemente ha llegado, hasta á anular derechos y libertades que emanan de la misma constitución.

Como decíamos, dentro del cuadro de nuestro programa y del espacio disponible hemos de continuar ocupándonos con el interés que este asunto merece.

En el próximo número concretaremos los puntos más salientes del procedimiento que deba observarse, á nuestro juicio, á fin de prestigiar una ley de fácil aplicación y que propicie el arraigo y progreso de la institución.

Gutta cavat lapidem....

COLABORACIONES EXTERIORES

(Especiales y exclusivas para *Criminalogia Moderna*)

DE SCIPIO SIGHELE — ROMA



Roma, Febrero 20 de 1899.

Distinguido Dr. A. Riva,

Agradezco su carta fecha 26 de Enero recibida ayer. Adjunto á esta encontrará el artículo: L'OPERA DI GABRIELE D'ANNUNZIO DAVANTI LA PSICHIATRIA. Es un artículo inédito, sobre el cual el 3 de Marzo próximo haré una conferencia en Venecia. Talvez lo publique en italiano, pero seguramente no será antes del mes de Abril. La Revista de Vds. tendrá, pues, en todo caso la prioridad.

La obra de G. D'Annunzioante la Psiquiatría

No sé si el título de este trabajo habrá suscitado alguna curiosidad: estoy cierto que muchos habrán dicho: he aquí otro profano del arte que tiene la audacia de venirnos á hablar de una obra artística! Y el pensamiento de todos habrá volado veloz á César Lombroso y á Max Nordau, los terribles anatomizadores del cerebro y de la psiquis de los genios, y se habrá creído que yo pretendo con todo orgullo imitar los métodos de investigación de estos dos sabios que merecieron, por parte de los artistas, el nombre injusto de enemigos del arte. Nada de esto.

El discípulo tiene demasiada conciencia de su nulidad para intentar lo que sólo es lícito á los maestros. El no osa formar su juicio bajo el punto psiquiátrico sobre la obra compleja, ni mucho menos sobre la persona de un artista vivo que por sus mismos detractores debe ser reconocido como la prueba de que Italia produce aún sacerdotes de la belleza antigua; el discípulo quiere simplemente limitarse á estudiar si los tipos de degenerados que D'Annunzio nos presenta en sus dramas y en sus romances responden ó no á la verdad científica.

Tal es mi modestísima tarea.

Pero si yo la limito á estos breves confines, no es porque niegue á otros el derecho de abordar campos más vastos; no es tampoco que me asocie á los muchos que, ante el estudio paciente de un sabio que busca en las predisposiciones hereditarias ó en las enfermedades de un artista la razón de su genialidad, gritan á profanación, como si el genio fuera entre los fenómenos humanos el único intangible para el bisturí de la ciencia, y como si el conocer las causas de una obra de arte significara rebajarla.

El sol es siempre el sol, aunque los astrónomos nos describan sus manchas, y su luz no es

menor porque ellos nos revelen la calidad de la materia de que aquél se compone; la perla es siempre admirada como la joya más distinguida, no obstante que el naturalista nos diga que ella no es más que una enfermedad de la madreperla; y los genios serán siempre las antorchas que iluminan la vía del progreso, aunque los médicos descubran en sus organismos algún rasgo de locura ó de degeneración.

¿Han existido, acaso, sabios que en su diagnóstico hayan ultrapasado los justos límites, distribuyendo con demasiada generosidad el título de loco ó de degenerado? Puede ser.

Nadie es infalible en el mundo, y menos aun lo pretende aquella ciencia que niega á todos, incluso á sí misma, el dogma de la infalibilidad. Mas los errores ó las exageraciones de unos pocos no pueden conmover los concluyentes argumentos de muchos ni menos aun debilitar el principio de que el artista puede y debe ser objeto del análisis científico.

Así, pues, si algunos literatos y artistas se rebelan contra este principio y no toleran que la ciencia se ocupe de ellos, es porque algún miedo tienen á la ciencia, como los falsos enfermos tienen miedo del médico; es decir: que ellos temen que la ciencia les diga, y revele al público, esta gran verdad: que hay en el arte los falsos artistas, como hay en la criminalidad los falsos delincuentes políticos; ó sea: que hay cerebros mediocres que se hacen la ilusión de imitar á Wagner ó á Ibsen, Zola ó Verlaine, como hay delincuentes comunes que se finjen mártires políticos, copiando, según las épocas y según su capacidad intelectual, el tipo de Mazzini ó de Pietro Micca, el de Lasalle ó de Bakounin; y que disputan su degeneración ó su anormalidad como un síntoma que los asemeja á los grandes, de los cuales querían ser dignos discípulos, mientras no son más que sus caricaturas.

A estas mediocridades la ciencia les corta las alas del orgullo, puesto que ella demuestra que existen dos especies de degeneración y de anormalidad: la una propia de los hombres de genio y de los apóstoles que entreven una verdad nueva ó que se sacrifican por un ideal; la otra propia de los matoides que exageran aquella verdad en las contorsiones más torpes, ó envilecen aquel ideal con las más odiosas aplicaciones. Ciertos simbolistas, decadentes y satanistas están intelectualmente tan lejos de los modelos que pretenden imitar como el delito de un Ravachol lo está política y moralmente del delito de una Carlota Corday. Degenerados todos, sin duda; pero los unos más allá, los otros más acá de aquella línea sutil que separa lo sublime de lo ridículo, y el heroísmo de la infamia.

Y así como se niega á los sabios, por unos cuantos, el derecho de estudiar individualmente á los artistas, así también se pretendería negarles el derecho de analizar sociológicamente las obras. Profundo error, puesto que el arte es una función social, y, por consiguiente, si los artistas son competentes para juzgar la belleza de una obra, los filósofos para apreciar su utilidad. Profundo error,

porque el arte y la ciencia son dos ríos majestuosos que, si tienen un curso diverso, tienen, sin embargo, una misma naciente, y tienden á conseguir una única, invisible y, tal vez, inalcanzable desembocadura.

Esta comunidad de origen entre el arte y la ciencia se manifiesta evidente por poco que se quiera echar una mirada sobre la literatura moderna.

¿Qué es lo que nos sorprende en ella? El hecho de que cada romance y cada drama es un estudio de vicios más que de virtudes, un análisis de sentimientos anormales más bien que normales, una obra, en fin, que, en vez de elevar un fácil himno á lo que es bueno y bello, describe lo que es desagradable, morboso y malvado. Tomad el romance naturalista de Zola ó el psicológico de Bourget, tomad el simbolismo septentrional (1) ó aquellas pericias psiquiátricas, que son los volúmenes de Dostojewsky; tomad, en fin, toda la obra de nuestro D'Annunzio, y decid si estas formas literarias, con diversos medios y fines, no reflejan toda la patología más que la fisiología del cuerpo social. ¿Por qué? No es, seguramente, como lo pretende Loti con ingenuidad, por un capricho espontáneo de los monstruosos cerebros de sus autores, sino porque la tendencia del pensamiento moderno debía necesariamente producir esta consecuencia en el campo del arte.

No en vano la ciencia experimental ha combatido la creencia en el libre albedrío, al cual se abandonaba cómodamente, hasta ahora, la investigación de las causas de los fenómenos. Delito, prostitución, vagabundaje, alcoholismo, todas las formas de miseria y de degeneración, se estimaban, hasta pocos años, como efectos de la libre voluntad del hombre; hoy la ciencia afirma que ellos no son sino las resultantes fatales de condiciones antropológicas y de medio ambiente, síntomas dolorosos de enfermedades morales, imputables al individuo, como las físicas, si bien, desgraciadamente, más difíciles de curar que estas últimas.

Era, pues, natural, que al miedo y al odio del mal, sentimientos viles que nuestro siglo, como los precedentes, había experimentado, se sustituyese un sentimiento que tiene, sin duda, menos peligros y más nobleza: la compasión del mal. Más bien que limitarse á castigar el vicio y el delito con un rencor inútil y póstumo de venganza, era menester tratar de apagar sus gérmenes antes que hubieran brotado, flores venenosas, en el barro; y en esta obra santa de prevención y de depuración, sólo el artista podía ayudar al sabio eficazmente.

Las llagas no se pueden curar si no se descubren; y para revelar al mundo de los honestos y felices todo aquel otro mundo ignoto de delincuentes y desventurados que constituyen el lastre social, era necesario, no ya el libro árido y poco leído del sabio, sino el libro apasionado del artista que, con el encanto de la forma, supiera hacer correr un estremecimiento de piedad en el alma de sus numerosos lectores.

El romance naturalista es, como en otro campo el socialista, un aliado de la ciencia moderna. La crisis moral y la económica que atravesamos no podían menos que tener su contragolpe en la literatura. Un soplo cálido de altruismo anima la conciencia contemporánea: lo que interesa y ocupa hoy la mente de todos es, de un lado, aquel ejército de miserables que han sufrido callando, hasta ahora, y cuyo silencio hemos recompensado nosotros con una despreocupación inconsciente ó desdeñosa, y de otro lado, aquel ejército de delincuentes que nosotros despreciamos sin estudiarlos y á quienes creímos encontrar remedio eficaz en las ilusorias penas de encarcelación. Hoy advertimos, quizá bajo el aguijón del miedo, que es tiempo de abandonar esa despreocupación y ese desprecio, y tratemos de oponer á la miseria y á la criminalidad que aumentan diques más sólidos de los contruídos hasta ahora.

¿Podía el arte permanecer extraño á esta preocupación general? ¿Debía tener los ojos fijos en el ideal, mientras la triste realidad exigía su ayuda? ¿Era justo que se siguiese describiendo lo bello y lo bueno, mientras la infelicidad y la culpa elevaban el grito de dolor? Y, por otra parte, las mismas escuelas literarias que no tienen ninguna intención ó preocupación humanitarias, y que más bien las desdennan, proclamando los privilegios del *super-hombre*, ¿podían describir tipos de individuos honestos ó exaltar virtudes, mientras en este timorato fin de siglo todos somos ó creemos ser más ó menos neuróticos, desequilibrados ó enfermos?

Algunos escritores han sido definidos, y con razón, como « mitrídates del arte, que acostumbran á nutrirse de pensamientos morbosos »; pero se habitúan por la fuerza, ya que el veneno no sólo existe en ellos mismos, sino que está difundido también por todo el ambiente en que viven.

He ahí, pues, por qué los artistas en gran parte están reducidos á hacer el oficio de clínicos que estudian y analizan casos patológicos; he aquí por qué, en nuestros días, la literatura se ha convertido en una especie de psico-patología.

Y aquí preveo una fácil crítica: Todo lo que habéis dicho, se me objetará, no es una novedad. El arte ha sido siempre psicología, y, por ende, también psico-patología. Al lado de los tipos clásicos de la belleza y de la virtud que nos han legado la pintura, la escultura y la poesía, poseemos los tipos clásicos de las deformidades y de las monstruosidades físicas y morales. Para no salir del campo literario y no citar más que un ejemplo, ¿no nos ha dado el genio de Shakespeare, en Otello, en Macbeth y en Amleto los tres tipos insuperables del delincuente pasional, del delincuente nato y del delincuente loco?

Nada de nuevo, pues, bajo el Sol, dice la crítica; y la crítica tiene, en parte, razón. Nada de nuevo bajo el Sol; estamos de acuerdo, pero nada de nuevo en la substancia y no en la forma ó, mejor dicho, en el método. Y el método es todo, en el arte como en la ciencia. Los artistas de un tiempo inducían, por don feliz de naturaleza, las manifestaciones de cualquier enfermedad del es-

(1) Ibsen, Suderman, etc.

N. de R.

píritu que querían representar; los artistas de hoy no tienen necesidad de esa intuición: ellos *saben*. Shakespeare escribía cuando la psiquiatría y la antropología criminal no habían aún nacido. Zola, según su confesión, ha leído las obras de Lombroso, y ninguno de los verdaderos y grandes romancistas de nuestros días puede ignorar las conquistas hechas por la psiquiatría y por la psicología experimental en esta segunda mitad del siglo. Lo que, en otra época, se hacía inconscientemente, por adivinación, hoy se hace ó puede hacerse al menos, conscientemente, por cultura adquirida en los libros. De aquí la *novedad*, que sería vano negar en el arte, y he aquí por qué hasta el más oscuro de los estudiosos puede permitirse examinar si los tipos ideales de delincuentes y de degenerados, brotados de la fantasía de un artista, son verdaderos ante la ciencia.

*
*
*

Releyendo, como he debido y deseado hacerlo, todas las obras en prosa de Gabriel D'Annunzio, y releyéndolas en orden cronológico, he experimentado un cúmulo de emociones extrañas y diversas que desearía sintetizar así: *artísticamente*, me ha parecido salir de uno de esos conciertos de música clásica en que el profano, si no siempre alcanza á gustar su íntima y misteriosa belleza, entiende y admira siempre, sin embargo, la grandiosidad de su estilo y las dominadas dificultades de la forma; *intelectualmente*, — he creído haber terminado, entonces alguna obscura página de Nietzsche ó alguna lúcida página de un filósofo griego tanto el sabor de la sabiduría antigua se mezclaba á las ideas, á menudo geniales pero con más frecuencia desequilibradas, de un desgraciado filósofo moderno; *moralmente*, — me he preguntado si en verdad todos los progresos de la civilización habían sido inútiles, y si después de haber abatido tantas tiranías, deberíamos ahora sujetarnos á la novísima del *super-hombre*.

Y como diversas y contradictorias eran en mí las impresiones suscitadas por la obra compleja, así lo eran también, entre ellos, los tipos principales que campeaban en aquella obra, como figuras en el fondo de un cuadro: algunos tomados evidentemente de la realidad cotidiana de la vida, otros imaginados por una fantasía que, por querer ser original, degeneraba en inverosímil y antinatural.

Entre los primeros no hesito en colocar á *Giovanni Episcopo*, *Tullio Hermil* e *Isabella*, la loca del *Sogno d'un mattino di Primavera*.

(Continuará)

SCIPIO SIGHELE.

DE A. HAMON — PARIS

La enseñanza de las ciencias sociales

en Francia

(Véase el núm. anterior)

La escuela de Antropología de París — Fué fundada en 1875 por Broca. — No prepara para ninguna carrera ni función. — Los cursos son públicos y absolutamente libres. — Hay once cátedras: Antropología patológica, Dr. Capitan; Etnología, Dr. George Hervé; Lingüística y Etnografía, André Lefèvre; Historia de las civilizaciones, Dr. Charles Letourneau; Antropología fisiológica, Dr. Manouvrier; Etnografía comparada, Adrien de Mortillet; Antropología geográfica, Fr. Schrader. Todos estos cursos, completamente independientes unos de otros, profesados por sabios muy competentes, cada uno con vistas originales, son, no obstante, ligados entre sí por un método común y por tendencias filosóficas comunes. Todos usan el método positivo, todos son evolucionistas y materialistas.

Un cuerpo de doctrina común á todos los profesores impregna todas las lecciones que, por lo mismo, forman una enseñanza sociológica sólida, aunque incompleta. Los cursos de MM. Manouvrier, Hervé, Capitan y Lefèvre son una especie de introducción á las ciencias sociológicas. Son necesarios para el estudio de la Psicología colectiva, sobre todo el de Manouvrier.

Escuela Libre de Ciencias Políticas. — Fundada en 1875, la escuela libre de ciencias políticas no está abierta al público, pues se precisa estar inscrito y pagar un derecho de inscripción para poder asistir á las lecciones y conferencias.

Los cursos de la escuela, como los de las universidades, tienen por fin la obtención de diplomas y, por consiguiente, la entrada en una carrera lucrativa: Diplomacia, Administraciones superiores del Estado, etc., grandes empresas financieras, comerciales ó industriales. El objeto de toda esta enseñanza es, pues, esencialmente práctico, y hasta estrechamente práctico. Digo «estrechamente», pues esta enseñanza no hace hombres; no forma ni el carácter, ni el juicio, lo que sería tal vez tan práctico, si no mas. Esta orientación hacia un objetivo completamente estrecho repercute necesariamente en las lecciones que se tratan en las de la rutina, sin ninguna vista general ó filosófica.

En general cada curso, considerado aparte, es bien hecho. El conjunto falta de lazos y de altas consideraciones que unan todos los cursos en un robusto cuerpo de enseñanza. He aquí las materias tratadas: Legislación civil comparada, J. Flanch; Geografía y Etnografía, M. Caidoz; Historia diplomática de la Europa desde 1879 á 1818, Albert Sorel; Historia política de los principales Estados de la Europa durante los veinte últimos años, A. Leroy Beaulieu; Historia Constitucional de la Europa continental, Charles Benoit; Historia de las ideas políticas y del espíritu público durante los dos últimos siglos, Levy Bruhl; Derecho de Gentes, Frunc Brentano; Derecho internacional,

E. Renault; Geografía militar, comandante Leblond; Organización militar comparada, capitán Malleterre; Cuestiones políticas y económicas en el Asia Oriental, Silvestre; Política colonial de los estados europeos desde el tratado de Versalles, Christian Schefer; Organización y práctica administrativas en Francia y en los países extranjeros, Le Vavasseur de Précourt; Materias administrativas, Gabriel Alix; Finanzas públicas, René Stourm; Economía política, Cheysson; Geografía comercial y estadística, E. Levasseur; Legislación ferrocarrilera, Romieu; Comercio exterior y legislación aduanera, Arnanné; Negocios de Banca, Rafael Georges Lévy; Legislación obrera, Georges Paulet; Higiene pública y grandes trabajos públicos, Jules Fleury; Las cuestiones agrícolas en Francia, del punto de vista económico, Zolla.

Hay, además, cursos sobre la Francia especialmente, Presupuesto, Contabilidad, etc., y cursos de lenguas.

Como se ve, con arreglo al fin perseguido la enseñanza es completa. Pero para ser una exposición completa de las ciencias sociológicas, le faltan cátedras muy importantes. La criminalología, la psicología colectiva, la filosofía del derecho, la ciencia de la moral, el estudio de las doctrinas sociales, la organización política comparada en los tiempos y en el espacio, la evolución de la Propiedad, del trabajo, del comercio, de las riquezas, de la industria, del derecho; las relaciones que unen estos modos diversos entre sí: nada de esto es examinado ni enseñado. Varios de los cursos se hacen de una manera demasiado especial, demasiado técnica, para pertenecer realmente á las ciencias sociológicas. Son materiales que contribuyen á la edificación de estas ciencias, pero que no las constituyen.

Las lecciones no se hacen para exponer impasiblemente la verdad cualquiera que ella sea, ni para buscarla fuera de todo partidismo. La escuela sostiene realmente una clase social, la clase burguesa ó dirigente. Toda su enseñanza tiene por objeto justificar á esta clase. El hecho ha sido bien aclarado en un estudio con el título de «Cómo enseña la Moral el Estado»; y aun resalta más á la vista de todos, por el hecho de que muchos ministros, multitud de consejeros de Estado, etc., son antiguos alumnos de esta escuela.

Colegio libre de Ciencias Sociales.—Este colegio se fundó en 1895. Para asistir á las lecciones hay que estar inscrito y pagar una cuota muy poco elevada (30 francos), mientras que la de la Escuela libre de ciencias políticas es de 300 francos.

El colegio da un certificado de estudios sociales. Con el objeto de atraer alumnos, el colegio ha obtenido que este certificado dé derecho á no hacer más que un año de servicio militar; y trata de poder dar diplomas de Doctor en Ciencias Sociales, reconocidos por el Estado. Para el año escolar 1898-9, los cursos son los siguientes:

Doctrinas sociales inglesas, profesor André Lichtenberger; La Sociología según Augusto Comte, E. Delbet; La doctrina de Le Play, A. Delaire; Sociología general, Marcel Bernès; Aplicación del método histórico á las ciencias sociales,

Seignobos; Historia de la economía política, Révelm; Doctrinas sociales alemanas, Ch. Andler; Teoría sociológica del Marxismo, C. de Kellès Krauz; El movimiento social católico desde la encíclica DE CONDITIONE OPIFICIUM, Max Turmann; Métodos étnicos y sociales, Louis Marin; Estadística del trabajo y de la riqueza, A. Fontaine; Demografía, Jacques Bertillon; Las *enquêtes*, teoría y práctica, P. du Maroussem; Doctrina social católica, Abbé Naudet; El Derecho puro: permanencias naturales, técnicas y sociológicas del Derecho, Edmond Picard; Filosofía del derecho de la guerra, Pillet; Historia del Derecho moderno, E. Tarbouriech; Legislación industrial y obrera comparada, Maurice Dufourmantelle; Rol político y social del literato en la civilización francesa, Henry Béranger; Acción social de la literatura, Charles Brun; Cuestiones coloniales, Maurice Nahl; la Pedagogía científica, Emile Rigolage.

Otros cursos de conferencias son ó serán hechos por MM. G. Tarde, A. Ciry, Maxime Kovalevsky, Weber, Keufer, Ahmed-Riza, Paul Strauss, Charles Barrat.

Nótase al instante que, en este colegio, el estudio del Socialismo ocupa un lugar importante. MM. Révelin, Andler, de Kellès Krauz consagran sus cursos á la enseñanza del Marxismo. El año pasado M. Métin hizo sus lecciones sobre los socialistas franceses de la primera parte del siglo, y nosotros mismos hemos dado lecciones sobre la situación actual del Socialismo en Francia y en la Gran Bretaña.

La enseñanza del Colegio Libre de Ciencias Sociales es, pues, actualmente la que más se aproxima á una enseñanza lógica y racional de las ciencias sociológicas. Está lejos, sin embargo, de alcanzar á eso, pues allí se estudia más las doctrinas sociales que los hombres y los fenómenos sociales. Toda la parte psicológica y antropológica falta.

Otro defecto del colegio es que los cursos que allí se profesan son muy diversos y esparcidos, sin vista sintética sobre una doctrina ó sobre un orden dado de fenómenos sociales.

Debemos, para hacer completa esta reseña, mencionar los cursos libres hechos por algunos discípulos de Le Play.

Existen dos grupos que invocan á Le Play. Uno de ellos lleva el título de «Ciencia Social».

Esta Ciencia Social, dice el programa, tiene por objeto el estudio y la explicación de las sociedades humanas; ella las analiza metódicamente como lo hace la Historia Natural con las especies animales ó vegetales; compara los diversos tipos así analizados y los clasifica por grupos, por especies y variedades.

En 1897-8 M. Demolin trató del origen, de la evolución y de la clasificación de las sociedades de formación comunista; y M. Robert Pinot dió su curso sobre los procedimientos exactos de observación que han constituido la Ciencia Social.

El otro grupo de discípulos de Le Play forma la Sociedad de Economía Social, y da mensualmente conferencias bastante concurridas.

Todas estas conferencias ó cursos son hechos de un punto de vista muy doctrinario; se trata de

enseñar la ciencia social según Le Play, y nada más. El método de estudio de esta escuela es bueno, pero las deducciones que M. Demolin y sus alumnos sacan de él son con frecuencia erróneas, porque su análisis es preconcebido.

M. G. Deherme, joven y activo obrero, ha creado hace dos años «La cooperación de las ideas para la enseñanza superior y la educación ética del pueblo.» Estas conferencias tienen lugar todas las noches. Son bastante atendidas por los obreros. Los temas tratados se refieren á la moral, á las ciencias naturales, á las cuestiones sociales, á las ciencias médicas é higiénicas. Los principales conferenciantes son: MM. Camille Lèger, Louis Marin, Raoul Deberdt, Micoulean, Frederic Passy, Henry Michel, Víctor Charbonuel, A. Keufer, etc. Algunos de estos oradores tienen tendencias socialistas.

Como ha podido verse en la exposición precedente, la enseñanza de las ciencias sociológicas en Francia es muy pobre. No responde á las necesidades ni al renombre de la enseñanza francesa. Por otra parte, en todos los cursos innecesarios para la obtención de diplomas ó para los concursos que abren las carreras lucrativas, los estudiantes son poco numerosos y la mayor parte extranjeros. En el colegio libre de ciencias sociales, por ejemplo, el auditorio es, en gran parte, compuesto de extranjeros rusos, alemanes, búlgaros, rumenos, americanos y polacos.

* *

Al lado de la enseñanza por lecciones y conferencias, de que acabamos de hablar, hay la enseñanza por los libros y las revistas. Esta es mucho más desarrollada y completa que la precedente; y tiene, por consiguiente, una influencia mucho mayor.

Pero antes de hablar de las «Bibliotecas» especialmente consagradas á las ciencias sociológicas, digamos algunas palabras sobre una institución muy particular: el Museo Social.

Museo Social. — «El Museo Social tiene por objeto poner gratuitamente á disposición del público, con informaciones y consultas, los documentos, modelos, planes, estatutos, etc. de las instituciones y organizaciones sociales que tiene por objeto y por resultado mejorar la situación material y moral de los trabajadores.»

Para realizar este fin, el Museo Social tiene una importante biblioteca abierta al público, y envía misiones de estudio y de *enquête* en Francia y en el extranjero, y organiza conferencias semanales. Publica circulares, que al principio fueron frecuentes, pero que ahora aparecen con intervalos irregulares, conteniendo las reseñas de las misiones de *enquête* ó de estudio, encargadas por el Museo Social, ó los trabajos premiados en concursos abiertos por el Museo Social, que publica también libros. La biblioteca del Museo Social es ya muy rica en lo que concierne á cuestiones obreras y socialistas, como se juzgará por la simple nomenclatura de las secciones en que están clasificados los volúmenes, folletos y documentos de toda clase:

1º Régimen de trabajo: Aprendizaje y escuelas profesionales, organización del taller, reglamentos sobre la duración, la higiene y la seguridad del trabajo, huelgas, arbitrajes y conciliaciones.

2º Instituciones protectoras del niño y de la mujer, sociedades cooperativas, economatos, habitaciones obreras, ventas á crédito, mutualidad.

3º Salarios, ahorros, propiedad, sindicatos, reglamentos, funcionamiento, jurisdicción, etc.

Se encuentran en esta biblioteca documentos raros, á veces rarísimos, sobre el movimiento socialista y sobre la Internacional, que sólo se podían encontrar diseminados en colecciones particulares. En el British Museum la colección es menos completa en documentos franceses, pero lo es más en piezas extranjeras.

Todos los gastos del Museo Social se cubren con una donación del conde Chambrun, y también por donaciones nuevas que él hace frecuentemente.

El Museo Social es, pues, rico. Director, secretarios, empleados y encargados son remunerados con largueza, al contrario de lo que pasa en el Colegio Libre de Ciencias Sociales, donde los profesores no tienen ninguna remuneración. Es por el placer y el honor de exponer sus ideas y sus conocimientos, que profesan. Lo mismo sucede en la Universidad Nueva de Bruselas; pero no así en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, donde directores, profesores y empleados reciben muy buenos honorarios.

* *

Numerosas obras publicadas en series, con el nombre de Bibliotecas, están consagradas á las ciencias sociológicas.

En la *Biblioteca Antropológica*, dirigida por varios profesores de la Escuela de Antropología de París y editada por MM. Vigot frères, la mayor parte de los volúmenes pertenecen á las ciencias sociológicas (15, de 20 publicados desde hace 13 años). Citaremos las obras de Ch. Letourneau sobre la evolución de la Moral, de la Propiedad, de la Esclavitud, del Comercio, etc.; de MM. Thuilié sobre la Mujer; J. Vinson sobre las Religiones actuales; C. de Martillet sobre los orígenes de la Caza, de la Pesca y de la Agricultura; A. Dumont sobre Despoblación y Civilización.

En lo de los editores Giard y Brière, M. René Worms dirige una biblioteca sociológica internacional. Los autores de los trabajos que ella contiene son: René Worms, Paul Lilienfeld, F. S. Nitti, A. Posada, Sigismond Balicki, J. Novicow, Franklin H. Giddings, Achille Loria, Maurice Vignes, M. A. Vaccaro, Louis Gumpowicz, Scipio Sighele, G. Tarde, Maxime Kovalevsky, C. N. Staroke. La mayor parte de estas obras son trabajos de sociología pura, y, como se ve por la lista de autores, pertenecen sobre todo á autores extranjeros.

La misma casa editora publica una «Biblioteca internacional de economía política» bajo la dirección de M. Alfred Bonnet. Acaba de crearse y, hasta ahora, una sola obra, que es traducción del italiano.

Una «Biblioteca socialista internacional» aparece también por los mismos editores. En esta colección se han publicado: «Principios Socialistas», por G. Deville; «Misericordia de la Filosofía», por Karl Marx; «Ensayo sobre la concepción materialista de la historia», por Antonio Labriola; «El Socialismo en Bélgica», por J. Destree y Emile Vandervelde; «Historia del Trade-unionismo en Inglaterra», por Beatrice y Sidney Webb; «Socialismo y Libertad», por Rienzi; «El socialismo *au jour le jour*», por Jules Guesde; «Formas y esencia del Socialismo», por S. Merlino. Las tendencias de esta colección son más bien marxistas.

Del punto de vista científico, algunas de las obras de esta serie tienen escaso valor: son simplemente obras de propaganda más ó menos bien hechas, pero siempre, naturalmente, con espíritu de partido.

La misma observación debemos hacer respecto á la «Biblioteca Sociológica» que edita M. P. V. Stock, de la que han aparecido 21 volúmenes ó folletos desde 1892; obras de MM. Elisée Reclus, Pierre Kropotkin, Jean Grave, A. Hamon, Charles Malato, Doméla Niewenhis, Tarrida del Marmol, etc. Aunque esta serie lleve una etiqueta muy científica, lo es muy poco (excepción hecha de algunas obras), pues contiene hasta novelas de MM. Lucien Descaves, Darien. John Henry Mackay, etc. En esta serie la mayor parte de las obras son de doctrina anarquista-comunista y tienen un fin de propaganda netamente afirmado. Hay entre ellas, no obstante, dos ó tres obras verdaderamente científicas.

Mademoiselle Dick May, secretaria general del Colegio Libre de Ciencias Sociales, dirige con Felix Alcan, por editor, una «Biblioteca General de Ciencias Sociales», creada en 1898. «La individualización de la Pena», por M. R. Saleilles; «El idealismo social», por M. Eugenio Fournière; «Obreros de los tiempos pasados», por M. Hauser, son los libros aparecidos actualmente de esta colección. Excepto la obra de M. Fournière, que no es más que fraseología un poco pesada, estos trabajos son útiles y valiosas contribuciones á la criminalología y á la historia del Trabajo.

Tenemos el honor de dirigir (Scheicher frères, editores) una «Biblioteca internacional de ciencias sociológicas», fundada en 1898. Hasta ahora sólo han aparecido: «Determinismo y Responsabilidad», por A. Hamon; «Parasitismo orgánico y parasitismo social», por Jean Massart y Emile Vandervelde; «Crítica de la Economía política», por Karl Marx (traducción de M. Leon Rémy).

La literatura económica es la más rica de todas las que se refieren á las ciencias sociológicas. La casa Guillaumin es el principal editor de este género de trabajos, de los que se encuentran también editados por MM. Larose, Chevalier-Marescq, etc. Esta literatura es tan rica que podríamos dar una nota si no bastara citar el Diccionario de Economía política de Leon Say, del que acaba de aparecer la segunda edición; el Diccionario del comercio y de la industria, por MM. A. Raffalovich é Ives Guyot; y el Anuario de la Economía política dirigido por Maurice Block.

El editor Guillaumin publica también una «Colección de autores extranjeros contemporáneos, Historia, Moral, Economía política», en la que se encuentran obras de Gumprowicz, Spencer, Nitti, Westermarck, etc.

A más de las series especiales, consagradas á las ciencias sociológicas, los editores publican gran número de obras pertenecientes á esas ciencias, sea en colecciones diversas, ó ya aisladamente. Así, por ejemplo, se publicaba hace tiempo la «Biblioteca Evolucionista», que comprende obras de Taylor, de Ball, de Geddes (Vigot frères, editores) que el estudiante de ciencias debe conocer. Lo mismo citaremos la «Biblioteca de Ciencias contemporáneas» (Schleicher frères, editores), con trabajos de Letourneau, André Lefevre, P. Veron, Ives Guyot, A. Corre, etc.; y de la «Biblioteca de Pedagogía y de Psicología», que acaba de fundar el profesor Binet, en lo de estos mismos editores.

En las «Biblioteca de Filosofía Contemporánea, Biblioteca de Historia Contemporánea, Biblioteca Científica Internacional», que edita la casa Felix Alcan hay multitud de libros que pertenecen á la categoría de las ciencias sociológicas. Entre las más recientes citaremos una obra verdaderamente notable: «La Evolución regresiva en Biología y en Sociología», por MM. Jean Demoor, Jean Massart y Emile Vandowelde; y la Psicología del Socialismo, de M. Gustave Le Bon. Este último volumen contiene, á mi juicio, al lado de cosas muy exactas, de observaciones muy finas, enormes errores. Muestra, desgraciadamente, que su autor ignora la doctrina socialista en su esencia y en sus variedades.

El sociólogo encontrará una rica mina, donde podrá ampliamente consultar en la muy bella colección de memorias históricas que publica la casa Plon y en los documentos históricos que edita M. Alphonse Picard. Señalemos para completar la colección criminalológica del editor A. Storock.

En 1898 M. Emile Durkheim, profesor de sociología en la Universidad de Burdeos, fundó «El Año Sociológico» (Felix Alcan). Es un volumen anual que da cuenta de los más importantes trabajos de sociología, franceses ó extranjeros. El primer volumen trata de trabajos de 1897-98 y también anteriores. Los principales colaboradores de este «Año» son MM. Simmel, Richard, E. Levy, Bouglé, Lapie, Muffang, etc. Este primer volumen, aunque con numerosas lagunas, cosa inevitable en un primer libro, está bien hecho en su conjunto, y con las mejoras que alcanzará, al cabo de algunos años ha de proporcionar una colección indispensable para todo estudiante de sociología.

* *

Esta literatura francesa, bastante rica, como acaba de verse, tiene por complemento una pléyade de revistas más ó menos especiales. Las hay generales, á la vez literarias, políticas y de historia, en las que se encuentran con bastante frecuencia estudios que el sociólogo lee con fruto, sea que los considere de un punto de vista doctrinario, ó bien como documentos. Son estos: La Revue des Deux Mondes, La Revue de Paris, Le

Correspondant, La Grande Revue, La Revue des Revues, La Revue Blanche, Le Mercure de France, L'Humanité Nouvelle, La Revue Scientifique, La Revue Politique Littéraire, Les Etudes Religieuses.

La Revue Des Deux Mondes, bien que su espíritu va algo atrasado, está siempre bien hecha, bajo la dirección de M. Ferdinand Brunetière. Es mucho mejor que la Revue de Paris que dirigen MM. Lavissee y Granderox, á pesar de que sus tendencias sean más jóvenes. Le Correspondant es una revista católica que publica sobre todo estudios históricos muy escudriñados. La Grande Revue, bajo la dirección de M. Fernand Labori, existe desde hace poco; dispone sobre todo de una colaboración de jóvenes literatos y no tiene gran interés para el sociólogo. La misma observación es aplicable á La Nouvelle Revue, que dirige Mme. Edmond Adam, cuyos artículos son muy superficiales; y á La Revue des Revues, cuyo director es un polaco, M. Finkelhaus. La Revue Blanche, dirigida por M. A. Natanson, es más literaria que sociológica, pero publica frecuentemente artículos de política, de actitud de combate, con tendencia filosófica y social, anárquica aristocrática. En ella solo escriben jóvenes, artículos por lo general cortos, escritos de propaganda más bien que de ciencia. Le Mercure de France bajo la dirección de M. Alfred Vallette, es consagrada casi por completo á la literatura, pero contiene de cuando en cuando estudios, en general, bien hechos, de historia, de política y de sociología. También debemos citar La Société Nouvelle, que, fundada en 1885 por Fernand Brouez y dirigida por el mismo, desapareció en 1897, dejando su puesto á L'Humanité Nouvelle, que tenemos el honor de dirigir desde esa fecha. Es una revista general consagrada á las letras, ciencias y artes, pero que da un lugar más importante que las revistas precedentes á las ciencias sociológicas. Internacional, cuenta entre sus colaboradores la *elite* de los sociólogos contemporáneos: G. De Greef, Hector Denis, Emile Vandervolde, C. N. Starcke, P. Geddés, Enrico Ferri, Dr. Lauppts, Pr. Steinmetz, Ch. Andler, A. Chirac, G. Sorel, Jules Dalemagne, Ch. Gide, Havelock Ellis, M. Kovalewsky, E. de Roberty, P. Kropotkine, Ch. Letourneau, E. Nys, Elisée Reclus, S. Merlino, J. M. Robertson, Elié Reclus, Clemence Royer, Alfred Russel Wallace, etc. «L'Humanité Nouvelle es el órgano de las tendencias más amplias y más independientes en materias científicas, literarias y artísticas, sociales y filosóficas», se lee en la cubierta de la revista. Resulta de esto que la revista es ecléptica. Sin embargo, el socialismo ocupa en ella un lugar preponderante; pero la revista, sin estar enfeudada en ninguna escuela, está abierta á todas

En *La Revue Scientifique* se pueden leer trabajos de sociología pura, de criminalología, de psicología social, casi siempre importantes. Los doctores Charles Richet y Hericourt dirigen esta publicación.

La Revue Politique et Littéraire, bajo la dirección de M. Ferrari, contiene frecuentemente estudios de historia contemporánea, de economía y de política. De aparición semanal, esta revista

publica estudios cortos, que generalmente son una exposición superficial, útil para el gran público, pero sin interés para el trabajador. A veces algunos trabajos de los que trae están llenos de errores; recordamos á este respecto un artículo sobre el socialismo en España, que no era más que un tejido de inexactitudes.

Los padres jesuitas dirigen los *Etudes Religieuses*, donde con frecuencia dan asilo á trabajos sociológicos, políticos y económicos. El órgano de los dominicanos es la *Revue Thomiste*, donde se publican, aunque rara vez, estudios que tratan de las ciencias sociológicas. Debemos, á más, señalar la *Revue Sociale Catholique* y la *Sociologie Catholique*, que son sobre todo revistas de propaganda y vulgarización. La dirección misma de estas revistas indica la tendencia y el espíritu de los trabajos que en ellas se publican.

Como revista puramente sociológica no hay más que la que dirige René Wornes, la *Revue Internationale de Sociologie*, órgano del Instituto Internacional de Sociología, tiene numerosos y eminentes colaboradores: M. M. E. Ballesteros, P. Beauregard, M. Bernés, L. Brentano, E. Cheysson, P. Dorado, A. Espinas, A. Fouillé, A. Guiard, Louis Gumpłowicz, E. Levasseur, J. Mandello, P. du Maroussern, Carl Menger, F. S. Nitti, E. de Roberty, A. Schaeffle, C. N. Starcke, L. Stein, S. R. Steinmetz, G. Tarde, A. Tratchewsky, etc. Esta publicación contiene bellos y buenos estudios, generalmente de sociología pura y muy rara vez relativos al socialismo, del que muchos de los colaboradores de la revista son adversarios declarados.

Por otra parte, el socialismo tiene sus órganos especiales fuera de L'Humanité Nouvelle, de la que hemos hablado. Hay dos: La *Revue Socialiste*, dirigida por L. Gustave Rouanet, diputado; y *Le Devenir Social*, que dirige M. Alfred Bonnet.

La *Revue Socialiste*, fundada por Benoit Malon, tiene una colaboración poco variada y sobre todo francesa. Los nombres de M. M. Jean Jaurès, E. Fournière, Raul Louis y A. Veber son los que se encuentran en cada entrega con algunos otros de propaganda política; es más fraseológica que científica, y el estudiante de sociología poco provecho sacará de su lectura.

Le *Devenir Sociale* es el órgano de la doctrina marxista y no admite estudios contrarios á esta doctrina. De preferencia trae traducciones del italiano de los Benedetto Croce, Antonio Labriola, Virgilio Zerboglio, etc. Los principales colaboradores son M. M. Gabriel Deville, Paul Lafargue, Bonnier, Hubert Lagardelle, G. Platon, Elchand Esse, etc. Los trabajos publicados en el *Devenir Social* son en general bien hechos, profundos pero áridos, arduos pero interesantes y útiles para el que estudia la sociología.

Las cuestiones del trabajo y particularmente las relaciones del trabajador y del patrón son especialmente tratadas en *Monde Ouvrier*, que dirige un notable organizador y pensador eminente, M. Fernand Pelloutier. Este periódico mensual, muy bien hecho, es el órgano oficial de la Federación nacional de las bolsas de trabajo de Fran-

cia y las colonias, de la que M. Pelloutier es secretario general. Naturalmente, la tendencia de esta revista es muy de combate y tiene un fin de propaganda. Le Bulletin de l'Office du travail es una publicación oficial del gobierno, en la que se encuentran preciosos documentos sobre los salarios, las horas de trabajo, las condiciones del trabajo, etc. Es una compilación de puros documentos, la mayor parte estadísticos.

La Escuela Libre de Ciencias Políticas tiene un órgano: Annales de l'Ecole..., en el que se tratan los mismos temas que en los cursos de la escuela.

Varias revistas hay consagradas á la Economía: Le Journal des Economistes, dirigido por M. de Molinari, L'Economiste Français, bajo la dirección de M. Paul Leroy Beaulieu, La Revue d'Economie Politique, bajo la de M. Ch. Gide, La Reforme Economique con M. Beauregard como director. Estas publicaciones hablan de cuestiones financieras y del presupuesto, de las relaciones del Trabajo y del Capital y de las relaciones de las naciones entre sí, del punto de vista económico (comercio, industria, finanzas). Las tendencias son las de la economía política clásica (escuela de Manchester) con alguna reacción sin embargo, particularmente en la revista de M. Gide, que es entusiasta defensor del cooperatismo.

Como su título lo indica, la Revue Politique et Parlementaire (M. Fournier, director) trata más especialmente de política con un espíritu gubernamental, de matiz republicano oportunista, cuyos leaders franceses son M. M. Waldek Rousseau, Barthou, Poincaré. Los estudios que publica son de fácil lectura, superficiales y para el uso del gran público y no para el que estudia.

Dos revistas existen consagradas á la enseñanza de la ciencia social, según la doctrina de Le Play: La Reforme Sociale, boletín de la Sociedad de Economía Social, órgano de las Unions de la Paix Sociale; y la Science Sociale, dirigida por M. Edmond Demolins, gran admirador de los anglo-sajones, á quienes ha elogiado en un libro que hizo mucho ruido: A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?

Las revistas relativas á la historia, y que, por consiguiente, aportan una multitud de documentos á las ciencias sociológicas, son numerosas: Revue des questions historiques, Revue de la Revolution, Nouvelle Revue Retrospective, Souvenirs et Memoires, Revue historique, etc.

Las revistas especiales donde se encuentran los trabajos concernientes á la criminalología, á la ética, á la psicología colectiva son menos numerosos, pero no menos interesantes: Archives d'Anthropologie Criminelle, Revue de Metaphysique et de morale, Revue Philosophique, Revue mensuelle de l'Ecole d'Anthropologie de Paris.

* * *

En resumen, como ha podido verse en las páginas precedentes, la enseñanza de las ciencias sociológicas en Francia está lejos de ser lo que podría y debiera ser. En las Universidades y en

el colegio de Francia es realmente pobre. Si del punto de vista económico se la compara con la de Alemania, esta insuficiencia se señala más. Pocas horas por semana se consagran á los cursos sociológicos, y los de Economía y de Derecho tienen muy marcado carácter técnico, en lugar de ocuparse de la repercusión de los efectos jurídico-económicos sobre la vida de las naciones.

Con frecuencia los cursos son polémicos. El tono es el del abogado que defiende un cliente ó acusa á un culpable, y no el del hombre de ciencia que examina impasiblemente las doctrinas, los fenómenos, los hombres con el objeto de investigar la verdad y decirla sea cual fuera.

La enseñanza por los libros y las revistas es mucho mejor, aunque incompleta. La parte económica está suficientemente desarrollada, mas no sucede lo mismo con la parte criminalológica, ni menos con la parte psicológica que está por crearse en la enseñanza de las universidades y de las escuelas libres. Sin duda alguna, las necesidades de la vida obligaran á crear bien pronto esta enseñanza, que existe al estado embrionario en la enseñanza por los libros y las revistas. Profesores y alumnos no faltarán, y entonces la enseñanza de las ciencias sociológicas será digna de un gran país como la Francia.

A. HAMON.

Del Juicio por Jurados

en lo criminal

Correspondiendo á un muy cortés pedido que se nos ha hecho, vamos á ocuparnos una vez más del juicio por jurados; ó más bien, de su establecimiento en nuestro país, ordenado por la constitución. Esto nos dará ocasión para dedicar algunas palabras á los últimos actos que han tenido lugar, y que han pasado hasta ahora en completo silencio. Se sabe que el congreso desechó en absoluto este sistema de enjuiciamiento, y aprobó un proyecto de código de procedimientos en lo criminal, que en absoluto la excluye; conformándose para todo esto con los fundamentos aducidos por los redactores de ese proyecto de código, creemos de interés general demostrar que no hay razones que justifiquen tan deplorables actos; y vamos á hacerlo de la manera más concluyente que nos sea posible.

Antes de todo, y como fundamento y punto de partida de nuestras demostraciones, transcribiremos los artículos de la constitución que se refieren al juicio por jurados, con sus antecedentes respectivos. Los hemos mencionado en otras ocasiones, pero conviene que los tengan á la vista los que se tomen el trabajo de leerlos.

— Apenas declarada nuestra independencia política, una asamblea nacional sancionó una constitución en 1819, y en ella se encuentra un artículo

que dice así — artículo 114. El cuerpo legislativo cuidará de preparar y poner en planta el establecimiento del juicio por jurados, cuando lo permitan las circunstancias.

En 1826 una nueva asamblea sancionó otra constitución; y en el artículo 164 de ella, se reprodujo la misma disposición de la de 1819.

Tan difundida estaba en ese tiempo la idea del sistema y de los benéficos efectos á él inherentes, que no se perdía ocasión, aun en reuniones y actos puramente sociales y privados de hacer votos por su establecimiento (1).

Puede asegurarse que, si no hubiera sobrevenido la guerra civil y la época funesta de la tiranía, la institución habría sido entonces implantada.

Derrocada la tiranía y establecido el nuevo orden de cosas, no tardó en darse la constitución de Mayo que hoy nos rije; y ella en tres cláusulas distintas dispone que se establezca el juicio por jurados.

Art. 24. El congreso promoverá la reforma de la actual legislación en todos sus ramos, y *el establecimiento del juicio por jurados*.

Art. 67. inc. 11. Corresponde al Congreso: Dictar leyes generales sobre naturalización etc., y *las que requiera el establecimiento del juicio por jurados*.

Art. 102. Todos los juicios criminales ordinarios que no se deriven del derecho de acusación conferido á la Cámara de Diputados, *se terminarán por jurados*, luego que se establezca en la república esta institución.

La constitución de Mayo fué reformada en 1861 y fueron muchas las alteraciones que se hicieron; pero en lo referente al juicio por jurados, no se hizo modificación ninguna. Algo más — y esto es muy digno de notarse — el inciso 11 del art. 67, fué uno de los puntos que dieron lugar á más animadas discusiones. Se reformaron algunas de sus cláusulas; pero la final que se refiere al juicio por jurados, no suscitó ninguna dificultad y quedó intacto.

Por el mismo tiempo fué reformada la constitución provincial de Buenos Aires para armonizarla con la nacional; y también entonces se prescribió el establecimiento del juicio por jurados, de una manera especial.

Ocurre preguntar en vista de todo esto ¿porque no se ha dado cumplimiento á disposiciones tan claras y terminantes?

Para explicarlo, se ha dicho, en primer lugar, que la misma Constitución, *con sabia previsión*, ha dejado al criterio de las legislaturas ordinarias, la determinación de la época en que el juicio por jurados debiera establecerse.

Se ha afirmado luego que la oportunidad no ha llegado; y para demostrarlo, se ha entrado en una serie de argumentos de que nos ocuparemos mas adelante.

(1) Los periódicos de la época (1822) dan cuenta de un banquete dado por el comercio británico, al cual asistieron varios argentinos de distinción; y hacen mención de algunos brindis que se pronunciaron por el establecimiento del juicio por jurados, baluarte se decia, de las libertades del pueblo inglés, siendo muy aplaudidos.

La idea de una constitución que delegue en una legislatura ordinaria la facultad de fijar la oportunidad en que una de sus disposiciones deba tener lugar, es una mera extravagancia. Si esa legislatura ó congreso puede decir *sí*, puede tambien decir *no*. Si puede decir *mañana*, puede no creer llegada nunca la oportunidad. Seria una disposición enteramente nula: — valdria tanto como si no se hubiese puesto. Si se busca en nuestra constitución una clausula que tal cosa disponga, seguramente no se encontrará. Se invoca la cláusula final del art. 102, la cual, despues de disponer que los juicios criminales se decidirán por jurados, agrega estas palabras, *luego que esta institución se haya establecido en la Republica*. La comisión redactora entiende estas palabras como si dijese, *luego que el congreso crea oportuno establecer esta institución*.

Apenas puede concebirse un abuso semejante del lenguaje y de la logica. La economía de las disposiciones constitucionales no puede ser más sencilla. Art. 24. Se establecerá el juicio por jurados.

Art. 67, inc. 11. El Congreso dictará las leyes que para ello sean necesarias. Art. 102. Luego que se hayan dictado esas leyes, los juicios criminales ordinarios se terminarán por ese sistema. Esto es muy claro y muy natural por otra parte. Los jurados no podian empezar á funcionar inmediatamente. Era preciso que la ley dijese como debian formarse y como debian proceder. Era preciso preparar y sancionar una ley como la proyectada en 1873, un trabajo considerable, y esto no podia improvisarse. Este es el verdadero sentido y el único objeto de las palabras de la constitución. Y nos parece increíble que personas respetables, llenas de inteligencia adulteren de ese modo los conceptos en materia tan delicada sin un proposito preconcebido? Consecuentes con la idea principal, he aquí como los redactores del proyecto se proponen demostrar que no ha llegado la oportunidad de plantear la institución.

«Seria una transición demasiado brusca, pretender pasar del estado rudimentario en que se desenvuelve nuestra vida democrática, así como del caos reinante en la actualidad en punto a procedimientos criminales, al de alta perfección social y hábitos de gobierno propio que presupone y requiere el juicio por Jurados.»

¿Como! ¿se persiste todavia en creer que para tener el juicio por jurados sea necesario haber llegado á una alta perfección social, á una alta civilización como se ha dicho otras veces? ¿Se han olvidado acaso las enseñanzas de la historia?

Con ella en la mano, hemos demostrado que ese es un error ó una falsedad historica. No reproduciremos estensamente la pintura que los mas afamados historiadores hacen de la sociedad inglesa en los tiempos que asignan á los orígenes de la institución del juicio por jurados. Se ha repetido mas de una vez y es cosa que reputamos ya muy sabida. Recordaremos solamente que era una sociedad primitiva, sin cultura ninguna, y en que la gente mal alojada, mal alimentada, mal vestida, hacfa una vida miserable solo comparable á la de tribus no civilizadas. Tenian sinembargo, la insti-

tución y la consideraban como un privilegio nacional.

Hay un hecho acaecido entre nosotros que concurre sin duda á ilustrar el punto. Sabemos todos lo que es la colonia galense del Chubut y la clase de gente que la compone. Hace algunos años, se cometió un crimen en el distrito de esa colonia. Los galenses se apoderaron del criminal; se constituyeron en tribunal y lo juzgaron. Pero como para la ejecución de la sentencia fué necesario ocurrir á las autoridades del país, estas anuláron todo, por no haber ley que autorizase el procedimiento. Era natural que así se hiciese; pero entretanto la sentencia no era injusta y los que llamaremos jurados, no eran sino pobres agricultores.

No es, pues, una cruel é innecesaria ofensa la que se hace á la sociedad argentina en su estado presente, suponiéndola menos apta que aquellas sociedades en embrión?

Mucho más favorablemente nos juzgan los extranjeros. Tenemos á la vista las impresiones de un escritor portugués que nos visitó hace algunos años. Enalzando nuestra cultura social, y como prueba de ella, enumera cuanto le parece digno de notarse, y entre muchas otras cosas dice: «Tiene (nuestra capital) una Universidad con tres Facultades: una de Derecho y Ciencias Sociales, una de Medicina y una de Ciencias Físicas y Matemáticas. Tiene un Museo de historia natural, once Hospitales, doce Bancos, seis ú 8 grandes *Clubs*. Tiene una Biblioteca Nacional, varias Bibliotecas particulares y cuarenta y ocho publicaciones diarias. Durante el año pasado fueron inaugurados cuarenta palacios para escuelas públicas y gratuitas. En seis meses se abrieron mil cincuenta casas de comercio, etc., etc.»

Un periodista brasileiro transcribe este resumen y queriendo dar idea por su parte del caudal moral é intelectual de la República, hace una larga lista, que clasifica, de filósofos, jureconsultos, literatos, periodistas, y termina con un elogio que lisonjea en alto grado la susceptibilidad nacional.

Esto, cualesquiera que sean los motivos que lo han inspirado, revela evidentemente un estado avanzado de cultura. Como quiera que se juzgue el carácter de nuestro pueblo, poco reposado en concepto de unos, ligero, frívolo según otros, nadie ha de negarle la inteligencia suficiente para distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, la verdad de la mentira. En esas asambleas y congresos de que hemos hablado, figuraban personalidades de lo más notable y caracterizado del país; hombres que por su saber unos, por su talento y elocuencia otros, harían un papel distinguido en el parlamento de cualquier país civilizado. Allí estaban Zuveria (don Facundo), Velez Sarfield, Juan M. Gutierrez, Carril, Pico, Lopez Mitre, Garostiaga, Rawson, Sarmiento, Frias, Tejidor y otros. Pues bien, un conjunto de hombres así, no surge al acaso, como un ombú en la Pampa desierta; son el producto y la espresión de la sociedad en que viven, producto necesariamente de una sociedad culta.

No parecerá pues, imposible, volvemos á preguntar, que hubiera hombres de importancia que negasen al pueblo argentino las aptitudes de aque-

llas sociedades primitivas descritas por Macauley? Los ha habido sin embargo, y ha habido un congreso que sin miramiento ninguno, por aquellas asambleas y convenciones, ni por los hombres eminentes que los formaban, ha tenido el coraje suficiente para decir: no! Todas esas asambleas, todos esos hombres se han equivocado, no han sabido lo que han dicho. Nosotros declaramos que el pueblo argentino — ese pueblo que nos ha dado asiento en estas bancas, no está en aptitud de tener el juicio por jurados.

Para atenuar la enorme ligereza (si se nos permite la palabra) de semejante declaración, se dice como se ha visto, que sería peligroso el tránsito repentino de lo que tenemos, á la práctica de un sistema desconocido.

Suponiendo efectivo y fundado el temor, lo digno, lo único digno, ya que se tendria en vista un grande objetivo, sería incitar al pueblo á afrontar ese peligro. Así, y no de otra manera, se ha conducido el pueblo argentino en otro orden de cosas y de acontecimientos. No tendríamos por cierto la República libre y democrática si no hubieramos afrontados riesgos, y muy grandes y positivos.

¿Cuales son por otra parte esos peligros que se temen y no se designan? Por imperfecto que sea el conocimiento que se tenga de la institución, se sabe que los jurados no se ocupan, no pueden ocuparse sino de los hechos que constituyen el crimen o delito sometido á su fallo. ¿Cual es el peligro que de esto puede resultar? Solo uno puede concebirse, y es que los jurados formen una opinión equivocada y pronuncien un veredicto injustificado. Este peligro es común á todo sistema de enjuiciamiento. No hay ninguno en que no sea posible incurrir en un error ó una male inteligencia. Esa posibilidad es la que motiva, y justifica los recursos que en el procedimiento común se dan contra las resoluciones de los jueces inferiores.

Tal es el único peligro pasible; una equivocada apreciación de los hechos; y debe notarse que en el juicio por jurados, á más de circunscribirse ese riesgo al solo caso de que se trata, se toman las mayores precauciones para evitarlo. Los jurados no se toman indistintamente de la masa del pueblo, donde puede haber, y hay sin duda, toda clase de malos elementos.

Personas respetables y caracterizadas forman listas, en que solo pueden figurar individuos que reúnan las cualidades de inteligencia y moralidad requeridas por la ley. De estas listas se forman otras de menor número, hasta que de la última se extraen á la suerte los que han de servir de jurados en cada caso. Y como si esto no bastase, se da á cada parte el derecho de recusar, sin expresar causa, á cierto número de los sorteados. De modo que, el Tribunal del hecho tiene que quedar formado por personas inteligentes, honorables é imparciales, que inspiren entera confianza á los interezados. Y más todavía; si ocurre alguna duda que afecte de algun modo, lo dispuesto por las leyes, ahí estan siempre los Jueces de derecho para instruir á los Jurados.

Quiere decir, pues que es un peligro puramente imaginario el de que se habla. Puede haber dificul-

tades ó inconvenientes en los principios; pero que se allanan durante la práctica con leyes ó disposiciones adecuadas. La Inglaterra misma ha sentido muchas veces la necesidad de reformar ó corregir los reglamentos vigentes. Su gran ley organizando el jurado en su forma actual data solo de 1825 y ya se ha tratado de corregirla.

A todo esto se cierran los ojos. Y para huir de peligros que no existen se nos da el remedio ó consejo de seguir viviendo como vivimos. Hombres prudentes y deseosos de acertar con lo mejor podrían haber dicho, probemos: hagamos un ensayo de ese sistema que tan grandes resultados da en todas partes. En caso de mal éxito, el remedio está en nuestras manos. Pero se ha dicho, no, nada de jurados; continuemos con lo que siempre hemos conocido, no introduciendo, para mejorarlo, los principios más avanzados de la moderna legislación penal: lo que equivale á decir: continuemos usando el antiguo ropaje español que la misma España ha desechado, ya, poniéndole algunos remiendos de ricas telas modernas. No parece sino que tuviéramos que haberlas con espíritus dé esos, que Lombroso ha llamado *cristalizados*, en una de sus últimas correspondencias, al diario en que colabora.

Para estimar en todo su valor ese menguado consejo, es necesario tener una idea exacta de la actualidad; y nada más apropósito para darla, que la pintura que de ella hacen los mismos que se propusieron mejorarla.

Después de hablar del caos reinante en materia de procedimientos criminales, agregan: «hoy que en materia de procedimientos criminales, no tenemos más legislación ni doctrina en vigencia que el informe hacinamiento de las antiguas disposiciones del atrasado derecho colonial entre mezcladas con leyes sueltas contemporáneas, debemos contentarnos con dar forma á lo informe etc. etc.» En este vergonzoso estado, se nos aconseja que continuemos sumidos; y no quiere verse que no nos librariamos así de peligro alguno, sino de una grande y civilizadora institución y de los trascendentales beneficios que en todas partes se le atribuyen.

Si como dice Blakston la institución del juicio por jurados ha asegurado durante un largo transcurso de tiempo, las justas libertades de la nación Inglesa: si como ha dicho lord Cranworth, no hay escuela que enseñe prácticamente lecciones de sabiduría (Wisdom) y contribuya en tanto grado á robustecer el espíritu, como la asistencia en calidad de jurados, á la administración de la justicia: si, como dice el Profesor Lieber, el juicio por jurados enseña la ley y la libertad, la justicia y el gobierno y propaga este conocimiento por todo el país; si es, como dice el mismo, la más grande escuela práctica de libre ciudadanía; de esta escuela y de estas enseñanzas nos libraría el consejo de que venimos hablando; ó para emplear un lenguaje más severo y apropiado, de estos inmensos beneficios sería privado el pueblo argentino.

Y hay otro beneficio de que nos privaría el menguado consejo; el más inmediatamente apreciable; el que constituye el clamor público del

momento, el beneficio inestimable de la brevedad de los juicios criminales: la seguridad de que no habrá ya hombres presos esperando por años la sentencia que los absuelva ó los condene; ni una sociedad que espere indefinidamente el desagravio de la ofensa que se le ha inferido.

Está fresca todavía la memoria de los crímenes cometidos por Caserio, Angiolillo, Lucheni y Vacher. Apenas sabidos los hechos, se supo también que los criminales habían sido sentenciados y aun cumplida la sentencia. Esto en Francia, España Suiza, países que tienen el juicio por jurados: mientras que aquí, para no hablar sino de casos muy recientes y conocidos hemos tenido al feroz asesino Goiburu burlándose por largo tiempo de la justicia; y tenemos aun al famoso estafador Fané, esperando la sentencia que le corresponde.

Es preciso que semejante estado de cosas desaparezca y que no pueda decirse como al presente. Todas las naciones civilizadas cuentan entre sus instituciones, la del juicio por jurados. La tienen Inglaterra, Francia, Alemania, Estados-Unidos, Austria, Italia, Belgica, Portugal, España. No la tienen Turquía, China, Marruecos, el Impero de Menelik, ni la República Argentina.

Es preciso, repetimos, que esto desaparezca; y nos atrevemos á asegurar que desaparecerá muy pronto, más pronto tal vez de lo que nos figuramos.

La reacción parece haberse iniciado ya. Un diputado propuso hace poco tiempo en el Congreso la sanción del proyecto de 1873. El ministro de justicia ha anunciado que se propone consagrar una atención especial á la administración de justicia en lo criminal. Hombre joven y de capacidad reconocida, no es de creer que se limite al mezquino é inútil sistema de mejorar lo antiguo. Es probable que sea sostenido y alentado por el Presidente de la República, amigo convencido del juicio por jurados (1). — Un núcleo de jóvenes inteligentes é ilustrados ha iniciado una propaganda, que sin duda continuará. Y si la prensa, si los periódicos de importancia se apercebieran de que no llenan eficazmente su misión popular en esta materia, censurando y deplorando las irregularidades, cuando algunas ocurren, y haciendo frías indicaciones de tiempo en tiempo, en pró de los jurados; si se apercebieran de esto, decíamos, y abrieran una campaña como suelen hacerlo con otros fines, no es dudoso que las primeras luces del siglo que va á empezar, alumbrarían la inauguración de la popular y civilizadora institución.

Tales son los votos que hacemos, mirando las cosas ya desde lejos; desde los confines de la vida, sin más interés, ni más aspiración, que el bien y la ventura de la patria amada.

JOSÉ DOMINGUEZ.

(1) Singular coincidencia. Un Presidente General y un ex Presidente también General, conocedores como el que más del país y de sus conveniencias, amigos ambos y partidarios del sistema.

Delitos por el honor

El caso de Mad. Paulmier, esposa del diputado reaccionario francés, que trató de asesinar á un redactor de *La Lanterne* para reivindicar su honor, según su propia frase,—asunto que terminó por la absolución de la acusada de toda pena aflictiva, pues la condenación pronunciada por el Tribunal del Sena se limitó al pago de la indemnización civil correspondiente,—ha hecho resurgir más ardientemente la discusión sobre estos fenómenos modernos de patología moral, que podemos agrupar bajo el título, algo vago y romántico quizá, de “delitos por el honor”.

Dejando aparte los casos clásicamente feroces de la hebrea Juditta y de la romana Virginia, en los cuales entra el móvil político, aun cuando transversalmente la antigüedad cruel, pero constante aun en su moral violenta, no nos presenta con tanta frecuencia los hechos de sangre justificados y casi glorificados so pretexto del honor, como la edad moderna con su moral histerica y decadente.

El caso de la señora Paulmier es tan especial, que vale la pena estudiarlo para encontrar su esencia íntima psicológica y social.

A fines de Septiembre ppdo. un periódico de París, *La Lanterne*, publicó un artículo firmado *Morestou*, en que se atacaba al diputado Paulmier por una carta dirigida por él al Ministerio de la Guerra incitándole á tomar medidas de severidad contra los diarios que se permitían criticar al ejército á propósito de la cuestión Dreyfus.

En dicho artículo se leía un párrafo concebido en los siguientes términos:

“El señor Paulmier en su vida conyugal es el más feliz de los tres.

“Admirad, pues, el desinterés de este fiero *compère*.

“Indiferente á todo lo que puede afectar su honor personal, despreocupado en su reputación, á la que prefiere la divisa militar, el señor Paulmier se exalta en su indignación cuando cree amenazado el especial honor militar.

“No toquéis el ejército!... grita este hombre susceptible pero no celoso, que

permite tan á menudo se toque...á la reina.”

No hay duda de que la alusión era clara y desapiadada, aunque indirecta.

La señora Paulmier se impresionó fuertemente con la lectura del artículo, y telegrafió en seguida á su esposo, indicándole la publicación, que ella atribuyó á Milerand, director de *La Lanterne*.

Escribió luego una carta á su hija, cuyo tenor es como sigue:

“Mi querida hija: He teleografiado á tu padre. No he tenido contestación. Unos miserables me han ultrajado; quiero vindicar mi honor para tí y para tu porvenir. Si hago caer tus lágrimas, perdóname. Mi último pensamiento es para tí; y si muelo, tanto peor.—Tu madre.”

Después de haber escrito la precedente carta, Mad. Paulmier se dirigió á la iglesia de La Magdalena á orar, yendo luego á una armería á comprar un revólver, que tuvo cuidado de ensayar por sí misma antes de pagarlo.

Tomó un carruaje, y haciéndose conducir á las oficinas de *La Lanterne*, preguntó por el director, que estaba ausente. Volvió por segunda vez, luego una tercera, en breves intervalos, y estando aún ausente el director, preguntó por su segundo.

Fué introducida en el gabinete de visitas, donde fué recibida por un hombre, contra el cual, y sin pronunciar una palabra, disparó tres tiros de revólver, hiriéndolo mortalmente. La víctima era el administrador del diario, señor Olivier.

La señora fué arrestada, y esa misma noche *La Lanterne* publicaba un artículo, en el que Turot se declaraba autor del ataque al diputado Paulmier, lamentando el suceso y asumiendo la responsabilidad exclusiva de la publicación.

Después del inevitable cambio de interpelaciones entre Turot y Paulmier, vienen las explicaciones, y todo queda liquidado entre ambos, siendo puesta en libertad provisoria la señora del segundo.

En los últimos días del año pasado tuvo lugar la vista del proceso ante los Assises de París.

Lo que más llamó la atención en este debate fué el lenguaje del acusador fiscal, que se limitó á una requisitoria contra Tu-

rot, llegando hasta casi exaltar á Mad, Paulmier como una vengadora del honor ultrajado.

Los jurados, como he dicho, absolvieron de toda pena personal á la acusada, estimando que todo podía reducirse á una valuación pecuniaria de la mala partida jugada al inocente administrador señor Olivier, que aunque haya sobrevivido será siempre un desgraciado á consecuencia de las graves heridas recibidas.

Indudablemente, del punto de vista estrictamente jurídico, el caso de Mad. Paulmier revierte todos los caracteres del asesinato fríamente meditado y ejecutado con inexplicable ferocidad contra cualquiera que representase (y ella no sabía ni siquiera hasta dónde) al diario detractor.

La perversión moral, aun cuando momentánea, si se quiere, en esta mujer, había llegado hasta rezar fervorosamente en la iglesia por el feliz éxito del delito. De manera que, á primera vista, el hecho nada tiene de pasional, nada que lo diferencie especialmente de los actos similares de homicidio por venganza entre los casos más odiosos, que Carrara clasificó de *venganzas transversales*.

Pero más allá de la corteza abstractamente jurídica, toda el alma de este drama—examinado con el criterio de la psicología positiva—se liga á la monstruosa madeja de prejuicios que se procesan sobre la entidad moral á que se da el nombre de *honor*.

Sería un maravilloso trabajo de indagación psíquico-sociológica el que se hiciera para estudiar los ejes misteriosos de estas imprevistas determinaciones sanguinarias en naturalezas orgánicamente tranquilas y piadosas; puesto que en la mayor parte de estos hechos, cuyo primer impulso fué una injusta ó falsa idea del honor—para quien sabe observar—la mayor delicadeza del sentimiento, en virtud de una tensión febril que lo lleva hasta el paroxismo, más bien que obstaculizarla, facilita la sucesión morbosa de los fenómenos psíquicos, que del dolor de la ofensa pasa rápidamente al odio, y de éste á la meditación de la venganza.

He tenido ocasión de estudiar, como defensor, el caso de una joven sana y fuerte, de sentimientos rectos y normales, en

quien, sin exageraciones histéricas, el sentimiento del honor era claro y exquisito, aun cuando desviado por las mentiras convencionales, que lo presentan en contradicción con la moral natural y no hipócrita, que debiera ser base de la vida.

La joven de que se trata tenía un prometido que, después de largos festejos, la abandonó, comprometiéndose con otra. La joven, por su parte, había encontrado otro novio, y todo parecía terminar con el desenlace obligado de todas las comedias del repertorio antiguo, con un buen matrimonio, cuando un día la joven llegó á saber que su ex-novio se jactaba de haber obtenido sus favores (lo que no era cierto, como fué demostrado después por la pericia médica). La joven se arma, espera al calumniador en la puerta de su casa y le clava un cuchillo en el pecho.

El joven no murió—si bien la herida fué al principio clasificada de mortal—y la heridora fué absuelta.

También entonces el ministerio fiscal se volvió contra el difamador, que, después de todo, bien castigado estaba por su ligereza.

Yo no encontraba el hecho ni piadoso ni digno, y busqué en la perversión del sentimiento de honor en relación con las preocupaciones sociales que terjiversan su desenvolvimiento natural, la explicación humana de esta tempestad pasional que había arrastrado á la pobre niña al acto feroz.

Es, en efecto, la injusticia de la pseudo moral dominante en el juzgamiento de los actos llamados de honor y sus remedios (duelos, etc.) lo que arrastra las más de las veces á las personas más serenas y equilibradas á la violencia, al delito.

Esta pretendida moral no habría perdonado ciertamente á la joven el haber cedido á las lisonjas, promesas y juramentos del hombre que debía ser su esposo, después que él la había abandonado.

Todo el escarnio, todo el desprecio de la hipocresía colectiva se habría desahogado sobre ella, que al fin era una víctima, en cuanto ingenua, débil, indefensa.

En cuanto á él, en cambio, no ya el desprecio, sino la envidia de los que veían en su acción la habilidad del conquistador afortunado, habría coronado sus proezas de Don Juan.

Así, aquella desgraciada, ante tales y tan inexorables prejuicios, no veía más camino que doblarse á la calumnia sórdida y anónima que serpea en la espalda y caer vencida en el honor y en la vida, ó levantarse vengadora y terrible contra el difamador, para obligar á los demás, que la habrían anatematizado si hubiese permanecido en el rol de víctima pasiva y resignada, á reconocer en la violencia del acto la protesta de su debilidad antes inescuchada. Luego, después del acto, la admirarán, y después de la absolución la pasearon en triunfo!

De ese modo, ella habrá encontrado para su delito el impulso irresistible primero, y la sentencia justificativa después. Uno y otra, si no para ella, al menos para los demás, que le dieron antes un absurdo concepto del honor, que al primer paso falso — verdadero ó supuesto — la asesinaron moralmente, y que, sin embargo, después de la brutal y sanguinaria protesta, con un repentino cambio de juicio, tan absurdo como el prejuicio que provocó el delito, cambian la víctima en heroína á la sola condición de que se haga homicida!

Estos delitos están, sin duda, conexos al gran grupo de causas sociales de la delincuencia, que Romagnosi condensaba bajo la vasta clasificación de *defecto de educación*, entendiéndose ese defecto en el sentido de la perversión de los principios de la moral natural.

PEDRO GORI.

NOTAS

La matanza de indios en el Chaco

Toda la prensa argentina se ha ocupado con indignación de la reciente matanza de indios mansos en las caliginosas regiones del Chaco.

Según telegrama publicado por un diario de la mañana, un capitán del 12 de caballería de línea llamó al cacique Caballero para que se sometiera. «El indio oyó esta proposición y guardó silencio.» Se juntó después con otros caciques, «sin duda con el propósito de oponer resistencia.»

«Entonces el capitán Podestá se dirigió á las tolderías con 40 hombres», pero antes que llegara á ellos, los indios, que eran 600 y que «tenían armas de fuego, los recibieron á balazos.» Empeñado el combate, murió el cacique Caballero y

con él 180 de sus compañeros. La fuerza de línea no tuvo ninguna baja.

El mismo autor del telegrama afirma que «Caballero era muy conocido de todos los vecinos de ambas costas del río Bermejo y muy querido por su buen comportamiento. Su tribu solía ir á trabajar á las Palmas, durante la cosecha de azúcar. Si opuso resistencia á la fuerza, fué seguramente para defenderse de los que le atacaban.»

En este telegrama, de fecha 6 de Marzo, hay, como se ve, dos versiones distintas: la que consigna que la tropa de línea fué recibida á balazos, y la que muestra la resistencia de los indígenas como rechazo de la agresión que se les llevaba.

Telegramas posteriores aseguran que el combate tuvo lugar en pleno monte.

¿Qué hay de verdad en las noticias procedentes de Formosa?

Desgraciadamente los indios no tienen telégrafo, ni amigos en la casa de gobierno, ni siquiera lenguaraces que hablen por ellos en la capital federal.

Las informaciones, en consecuencia, se fraguarán en un sentido que justifique los hechos consumados. ¿No se decía que los indios del Chaco eran ladrones de hacienda, por mucho que los diarios, padres de esa versión, convengan ahora en que los ladrones de hacienda son los cuatros y gauchos pícaros asilados en los montes? Quedan, entretanto, doscientos cadáveres, de hermanos nuestros en la humanidad, para pasto de las aves y las fieras, ultimados en nombre de la civilización. ¡Civilización! ¡Oh, si éso fuera la civilización, maldita mil veces!

Ya ha hablado bien claro el Dr. Piñero Sorondo en las columnas de *El Diario*, haciendo conocer al país que el cacique Caballero y los suyos eran gente mansa y sometida, á la que más de una vez el mismo Dr. Piñero Sorondo dió ocupación en sus establecimientos. Indios trabajadores, sobrios y buenos, incapaces de agredir á las fuerzas nacionales.

Antes de ahora el indio sometido era el esclavo de los ingenios tucumanos y chaqueños; para ellos se había inventado la famosa ley de conchavos. En adelante, si la iniciativa tomada en el Chaco continúa, se les matará en montón como á alimañas salvajes, y se les obligará á defender sus vidas en todas las formas crueles que una guerra de esa índole provoque.

En cuanto á que los indígenas sacrificados á principios de Marzo se batieron en los montes del Chaco, la noticia no puede ser cierta. En los montes el combate hubiera sido una cacería de las más peligrosas: cada árbol una fortaleza para el indio, y en esas condiciones los 40 soldados del 12 de caballería habrían tenido seguramente más de una baja, ¡una baja siquiera! ¿Sabéis lo que es una cacería de indios entre los árboles? Es peor que una cacería de tigres. Hay, pues, que descartar la hipótesis anterior. Dado el hecho de los 180 indígenas muertos, dada, además, la circunstancia de que estaban, en el momento de ser

atacados, en compañía de sus mujeres y sus niños, muchos de los cuales han caído prisioneros, casi puede afirmarse que las gentes de Caballero y otros caciques fueron fusiladas en montón antes de que penetraran las intenciones hostiles de sus ultimadores. De otro modo habrían puesto á cubierto á sus familias, á sus pequeñuelos y mujeres.

Las matanzas de los primitivos habitantes de América cometidas por los conquistadores españoles, condenadas mil veces en nombre de la civilización, tienen atenuaciones: ni los españoles de aquella época eran hombres con ideas de piedad durante la guerra, ni los que venían á la conquista se sacaban de la mejor sociedad. Para cada español había incalculables indios enemigos; por otra parte, las armas de unos y otros no eran tan desiguales; ni tampoco eran hombres de una misma patria, ni se conocía otra razón más poderosa que la fuerza; ni los fanáticos católicos que impugnaban las armas de Castilla, podían en su fanatismo, considerar á los infieles dentro del derecho natural, y mucho menos igualarlos moralmente, á los que creían en Cristo y en la Santa Madre Iglesia.

Más de tres siglos de estabilidad de la raza caucásica en estos países, los adelantos de la civilización, la evolución de las ideas en el sentido de considerarnos hermanos todos los hombres, y la marcada superioridad que en todo sentido tenemos sobre los tristes habitantes del Chaco, ¿no significan nada? ¿Habremos de exterminarlos como si fueran animales feroces, sin peligros, impunemente, y alzándonos contra los sentimientos altruistas? Si éso se hiciera, descenderíamos por debajo del indio y consagraríamos definitivamente la superioridad y el derecho de los que disponen de armas perfeccionadas y carecen de escrúpulos morales.

En nombre de los sentimientos humanitarios, unimos nuestra protesta á la protesta de la prensa culta del país, y hacemos votos porque al indio sometido se le respete y se le dé el amparo de las leyes de la República, y porque al indio bravo se le someta por medio de la evangelización, cosa que alcanzaron los jesuitas en las antiguas Misiones, y otras órdenes entre los calchaquíes y tribus no menos turbulentas y en apariencia indómitas.

Misión del historiador

Cosa sin perdón es que un escritor, poseedor de una luz propia, se obstine en seguir á otros, tal como las mulas siguen una senda trillada, defecto, ó más bien esclavitud, que se nota especialmente en quienes escriben historia.

El reproducir la hermosura de la naturaleza es grande prueba de espíritu que ve. No así el emplear la forma y modo de los otros, porque el hombre ha de ver con sus ojos, y con ojos enteramente emétopes y mejores que los del vulgo, si ha de mirar al pasado y revivir lo que ya fué y no será más en la superficie de la tierra. Hacer

crónicas, relatar, referir, eso es antiguo como el mundo. La primera vieja que vieran pasmados los tiempos primitivos ya refería á sus nietezuelos crónicas y consejas. Mas en eso no consiste la historia ni en cosa parecida.

El historiador ha de ser, ante todo, severo y hombre de visión. No ha de decir las cosas á medias ni ha de guiarse con candiles. Ha de penetrar á fondo los tiempos, cual si en ellos hubiera vivido; de lo contrario, valdrá más que calle, porque no ha de ser un apuntador de fechas, que se ven semejantes á luces de ciudad lejana y confusa en noche de tinieblas. A flor de estilo ha de palpar el espíritu, así como la sangre bajo la piel y la imagen de una flor en la onda quieta.

Tales como fueron, ó se cree sinceramente que fueron, hay que presentar á los hombres ya tornados al polvo y en tierra convertidos, recordando que alentaron, no de diversa manera que nosotros, participando de nuestras pasiones y nuestras ansiedades y que, para el bien ó para el mal, nos precedieron, actores en este grande y trágico plan de la vida.

Quien no sepa entender de ésto, no profane las tumbas, porque sólo hallará cenizas; pues ¿de que sirve saber que el General Tal ganó la batalla Cual, ni que murieron tantos ó cuantos hombres, si no sentimos el soplo de la lucha, ni nos es dado evocar el cuadro enardecido, ni la pasión noble ó salvaje que hacía latir aquellos corazones mandados por el General Tal?

¿Ni qué valen cuatrocientas páginas de lectura nutrida sobre un personaje de quien una frase de dos líneas daría mejor idea?

A diferencia de los narradores de cuentos para muchachos, abuelos de todos sus lectores, que no conocen el trabajo de pensar, trabajo duro por extremo, y no dan sino en el detalle, acaso porqué su pensamiento no alcanza á cosas más hondas é intrincadas, otra especie existe de todo en todo distinta, y es aquélla de los cavilosos, dados á extrañas sutilezas, especie de augures ó astrólogos, que, en lugar de dar soluciones siembran su campo de conjeturas; y menos mal si no establecen un preconcepto, al que después ajustan de por fuerza la totalidad de los hechos, engolfándose ya en distingos, ya en metafísica paradójal, ya en inducciones, deducciones, ergos y demás formulismos, convirtiéndose por tal expediente de Némesis vengadoras en furiosas Euménides, ó, por el contrario, de Plutarcos en romanceros del Cid.

En nave altanera ha de surcar el historiador los mares del pasado y navegando en la misma nave, la imaginación en la borda, al lado del recuerdo; la perspicacia en la cámara real; la reflexión por toda la cubierta; de marineros los estudios, auxiliares en la maniobra; el capitán, la razón, dirigiendo el navío.

La verdad matemática visible no basta: hay que buscar la verdad invisible de los hechos; ni bastan tampoco ciertas «convicciones» *a priori*.

Para cumplir debida y honradamente con los hombres hay que despojarse de las convicciones

hijas del celo partidista que tantas veces presenta el peligro de los esteros paraguayos.

Pero no podrá decirse lo propio de aquéllas que forman como la fibra del pensar, ésto es, de las convicciones filosóficas, bases de las teorías morales, cuyo abandono fuera abdicación.

Pero aquéllos que, guiados sólo del patriotismo, crean idolatrías y deleznable dioses de la miseria humana, cuando se trata de los suyos, y forjan, cuando se ocupan de los ajenos, rojos infiernos dantescos, son como quién se pusiera unas veces anteojos azules para verlo todo azul, y otras veces negros para hallarlo todo negro.

La pasión, digna de respeto, por otra parte, como toda sinceridad, lleva casi siempre por las estrechas callejuelas del error. Hay que temerla, bien la inspire un santo fervor, bien la ilumine una poderosa inteligencia.

Es cierto que sin pasión que la animara no iría ninguna bandera á las batallas ni ningún Santo Caserio al patíbulo, y acaso las grandes ideas no sintieran fuerza en sus alas para cruzar el firmamento.

Buena para mover el mundo, no lo es para juzgar con serenidad.

Que guíe los pasos del cruzado, pero que no saque del anchuroso camino del acierto á quien debe despojarse de toda tendencia al error. Que la serenidad del historiador no se confunda con el vocinglero fanatismo de aquellos propagandistas políticos ó religiosos que gritan en las bocacalles.

¿Pero, qué nos queda para condenar el mal? Nos queda el sentido moral, que es la brújula del espíritu, con la que nadie se equivoca culpablemente.

Con este sentido el hombre llega á parecerse á un juez y la historia á un jurado que fallara después de haber entendido en un juicio con las pruebas por delante, pero no en una causa sacada de su terreno por la opinión del público.

Suponed un hombre de bien trasladado á la China para juzgar el caso de otro hombre que acaba de insultar á un mandarín: aquel hombre sincero, sin preconcepciones, juzgará el hecho en sí, prescindiendo de la conmoción de cuatrocientos millones de chinos, y fallará con equidad seguramente, según su sentido moral.

¡Ah! diréis, es que las costumbres de los chinos no son las del tal hombre. Cierto, no son las de tal hombre, pero es que los cuatrocientos millones de chinos son las pasiones.

Al sentido moral debe el historiador ajustarse. Y es más de exigirle mayor ajustamiento y suma de sentido moral, cuanto mayor sea su entendimiento.

* * *

Es bello el espectáculo que ofrecen á la imaginación los imperios. ¿Qué más hermoso que la serie de gigantes de Roma, ante quienes aquella plebe antigua es como el mar acariciando islas volcánicas y, como el mar, aparece á ratos azotada por tempestades de locura y á ratos iluminada por rojizos incendios?

Más que los imperios ofrecerían interés las

repúblicas, porque aquí desaparece en los hombres, y leyes históricas reemplazarían á las voluntades personales aisladas.

¿Pero existe por ahora, si no es en teoría, la República? Pasó por nuestra América, frente al espíritu de su primer Capitán, mas no ante pueblos que todavía carecen de unidad espiritual, cuyas bases fueron viciosas y que van creciendo, entregados más al lucro que á la idea, formándose de aluvión á manera de deltas y añadiendo á los malos instintos naturales vicios aprendidos y costumbres extranjeras, por no tener el trabajo de modelarse.

Entretanto, la humanidad no marcha mucho mejor. Vive sobre la tierra el gran rebaño humano sin la libertad social de las especies animales; pasta el hombre amarillo á lo largo de los ríos del Asia, esclavo de sus supersticiones y de sus «hijos del Cielo», sin contar con otra peor esclavitud que le espera; el desbande de la bestia blanca europeo ya trota en sus hielos del norte y procrea en las abrasadas penínsulas del sur.

La bestia blanca acorrala á la bestia amarilla, como acorraló á la negra para exterminarla, lo mismo que exterminó al indio de América. Nabucodonosor ha resuscitado en la Scitia, y en las islas británicas: el sueño monstruoso olvidado, que sólo Daniel despertara, ¡reconstruido!

El día no ha llegado de la supresión de las castas. Esclavo, espera todavía como los muertos de Longfellow.

Entretanto, turbas de soñadores, de locos, de revolucionarios, rompen el vacilante equilibrio y esperan el mañana para una humanidad joven y justa, como si fuese posible alterar los elementos naturales del hombre, por algún procedimiento á lo Darwin.

Aquí leprosos; aquí llagados; aquí llanto y dolores. La luz del Evangelio no ha penetrado aún profundamente en los pueblos. Por todas partes religiones oficiales que llevan al escepticismo; por todas partes cañones y guerras en embrión; los ideales se alejan ó se desvanecen; la materia triunfa, y los nervios, como saetas de un ensueño salvaje, tiemblan y vibran. La dinamita allana caminos y promete volar al pasado como un bloque de piedra. ¿Siempre ha sido así la Humanidad?

El historiador debe decirlo, sin cobardías, sin odios, como un poblador del Universo que se sentara sobre el mundo á meditar en sus grandezas y miserias.

Marzo de 1899.

VÍCTOR ARREGUINE.

La pena de Luccheni

Sobre Luccheni, sobre su delito y su víctima se ha escrito mucho y largo después de la tragedia de Ginebra, pero también en tales estudios se ha verificado lo que sucedió con la opinión pública que había dado la señal de la caza al hombre. Poco á poco, la calma ha sobrevenido en los espíri-

tus y la serenidad en las mentes; se dejó reposar en el mausoleo á la infeliz víctima; se habló menos de anarquía, y solo el autor del delito, como hombre verdadero, fué objeto de los estudios y de los juicios menos imparciales.

Toda la vida del desgraciado fué examinada en sus mas mínimos detalles; las incoherencias político-religiosas de que dió pruebas, su actitud antes y durante el proceso, las declaraciones ante los jurados, y las cartas á los periódicos, han demostrado hasta la evidencia que no se trataba ya de un verdadero anarquista que, exajerando sus ideas, se hubiese inspirado y fortalecido en el delito, sinó de una criatura desequilibrada, que en la inconciencia de su debilidad psíquica en las luchas por la vida, habríá buscado y localizado la causa de sus males, no sólo fuera de sí y de todo el sistema imperante, sinó también (por obtusidad de alma y de mente) en un punto dado ó especial categoria de individuos.

La consiguiente necesidad morbosa de reaccion contra los sufrimientos que no lograba vencer, hizo estallar los instintos brutales que la fomentaban, triste herencia que su imperfecta constitucion psíquica dejó resurgir en el momento criminoso. Esta misma localización de las múltiples causas que lo determinaron á cometer el delito sujirió, á la vez, inconcientemente la veste política con que la cubrió.

A través del drama y en sus diversas fases, no es difícil vislumbrar las pruebas mas evidentes de que el objeto del crimen ha sido, más que un desinteresado sacrificio de sí mismo por la idea, una simple rebelion, ó mejor dicho, una explosión impulsiva de venganza personal.

¿No existen, acaso, en la vida de las personas más honestas algunas horas tristes de desaliento ó de rebelión, en que se impone la necesidad de un desahogo del alma, sin que importe cómo y contra quien?

¿No es esta, por ventura, una fase de las especies más comunes de caracteres nerviosos?

Todo se reduce, pues, á una cuestión de cantidad, tanto en la fuerza de los instintos brutales como en el esfuerzo de los centros inhibitorios.

Lo que afirmamos, podríamos demostrarlo con los numerosos datos que hemos visto referidos en los trabajos publicados sobre el particular; pero no es nuestro objeto repetir lo que han dicho ya ilustre escritores, y sólo establecemos lo que antecede, por las consideraciones que pasamos á exponer sobre la pena aplicada á Luccheni y sobre sus modalidades.

Los periódicos de hace algunos días registran una sensacional descripción de la prision del asesino de Ginebra: Luccheni vive hoy en una celda oscura húmeda y, por consiguiente, mal sana, situada bajo el nivel del lago, donde permanecerá seis meses á pan y agua sin ver ni las manos de los carceleros encargados de custodiarlo, viendo solo la luz dos veces por mes! Otros cinco años los pasará en reclusión celular entregado á trabajos forzados y el resto de su vida en la penitenciaría, sin pronunciar una sola palabra hasta su muerte!

No es posible dudar que semejante pena es mucho más grave y cruel que la de muerte, resolviéndose en la más refinada negación y destrucción lenta de todo lo que es elemento vital y por esto produce indignación el sentido de complacencia feroz con que un importante diario de esta capital (1) acompañaba la narración del Sr. Ridgeley, considerando semejante pena, proporcionada al delito!

El hecho de Luccheni es en efecto horrible y abominable como lo ha sido y será siempre todo delito como atentado á los fines sociales y como forma de destrucción de seres y por, lo tanto, de energías, siendo que la actividad humana es y debe por el contrario, concretarse á una obra de transformación.

No es menos deplorable un delito de tal naturaleza, desde que los hombres, en relación al mundo superorgánico, (al decir de Spencer), sean ellos alto ó bajo colocados por las causas naturales concomitantes, como todos los demas elementos para los otros mundos, no son más que los átomos del universo humano en su compleja resultante, y no pueden, por consiguiente, coexistir ni obrar sinó conforme á un orden determinado y segun las normas dictadas por la suprema ley, de existencia de lo complejo ó *sistema*.

Así, pues, cada átomo ó individuo, rey, ministro ó miserable, procede como tal por una necesidad absoluta que es ley imperiosa de conservación; orden y ley que el individuo no puede vencer y por lo tanto irresponsable en su fatal evolución.

En este orden de ideas, mientras deploramos como el que más el hecho criminoso, sin preocuparnos de la condena inflida á Luccheni, como segregación social perpetua de un organismo imperfecto, desconocemos, por otra parte, en la sociedad ó mejor en los que disponen de sus leyes, el derecho de proceder con una crueldad tan refinada que importa una verdadera *tortura inútil y medioeval*.

Los paladines del derecho punitivo moderno se horrorizan ante el recuerdo de las leyes procesales de la Inquisición, pero olvidan ó fingen olvidar que la humanidad ha progresado no poco, debilitando el cuerpo, si se quiere, pero desarrollando y refinando altamente las facultades morales ó intelectuales.

En la época de las cruzadas y de las guerras más ó menos *santas*, en tiempo de las compañías de aventura, la humanidad vestía armaduras de acero y sufría por un hábito, secular toda clase de tormentos físicos que hoy nadie podría soportar, por cuya razón casi se imponía la tortura como un remedio sensible.

Pero hay?..... Tal vez nuestros descendientes se horrorizarán algun día, á su vez, de las penas inconsultas de nuestra ciencia punitiva informada por un concepto de destrucción, solo que no podremos escusarnos ante ellos, con la ignorancia de la época.

Dónde está, en la modalidad de la pena aplicada á Luccheni, el concepto de Beccaria, base de todas las legislaciones modernas y en el que se parapetan los adversarios de la escuela positiva,

cuando levantan la voz indignada á la sola hipótesis de la necesidad de la eliminación de los criminales peligrosos?

Donde está la justificación *jurídica* ó *científica* de tanta crueldad hacia el desgraciado delincuente de Ginebra, la justificación de esta agonía lenta, impuesta á un ser viviente, en quien se quiere destruir, por atrofia, todo lo que concurre á hacer de él un hombre?

Cuando la oscuridad y la humedad de la celda, la insuficiencia de la nutrición, la privación del uso de la palabra, hayan hecho de él una sombra ó un ente en nombre de la *justicia*, podrá esta distinguir la muerte moral é intelectual del ser *superior*, de la ejecución capital que ella condena?

¿Será lícito todo esto porque Luccheni haya asesinado no solo una *mujer* sino también una *emperatriz desventurada*?

Tal circunstancia puede inspirar y nos inspira á nosotros mismos mayor sentimiento de piedad hacia la pobre é inocente víctima, pero que consideraciones pueden deducirse de ahí contra las disposiciones de los Códigos ó del concepto científico ó humanitario que, en nombre de la nueva civilización, proclamó la abolición de la pena de muerte en el Canton de Ginebra?

Será acaso que tal abolición tuvo por objeto la facilidad de usar una ferocidad mayor y de volver así á los tiempos del Santo Oficio que no aceptaba la muerte instantánea porqué era demasiado *dulce y leve para purgar el alma del penitente de los pecados cometidos*?

Así debemos creerlo en el caso Luccheni, dada la época y teniendo en cuenta el pueblo en el que se ha aplicado la horrible tortura.

No se trataría, entonces, mas que de una sustitución de principios igualmente metafísicos, es decir anti-naturales y anti-jurídicos.

A las necesidades religiosas, á la defensa y conservación violenta del poder y del sentimiento religiosos, se ha substituido la necesidad política ó de clase, la necesidad de mantener por todos los medios — legales é ilegales — la conciencia de setimientos y devociones que han hecho su época, y contra los cuales se alza ahora el mas elemental positivismo, como se levantó, entonces, el libre pensamiento contra la esclavitud dogmática.

Mas aún: en la aplicación moderna concurre la violación de los principios jurídicos que no se verificaba en aquellos tiempos de oprobio en qué cada tortura é infamia del Santo Oficio encontraba en las leyes procesales la justificación jurídica, mientras que el tratamiento aplicado hoy á Luccheni no tiene excusa, fuera de la severidad legal decretado por la Corte, en ninguna disposición de los Códigos modernos.

«Toda pena que no derive de la absoluta necesidad, decía Montesquieu, es tiránica», y Beccaria tomando el concepto en forma general, repetía: «Todo acto de autoridad de hombre á hombre que no derive de la necesidad absoluta, es tiránico». Y luego declaraba con insistencia que «cuando se probase que la atrocidad de las penas sí no inmediatamente opuesta al bien público y con el mismo fin de impedir los delitos, fuese solamente inútil,

aún en este caso..... sería contraria á la justicia.»

¿Como puede defenderse la pena aplicada á Luccheni, ó mejor dicho sus modalidades, ante estos preceptos claros y fundametales del derecho punitivo clásico?

Exite, luego, en este caso aquella negación del imperio de las leyes comunes que, segun A. Guarnieri Ventimiglia, se observa en las represiones de caracter político, y en tales casos impetra la venganza pura y simple de casta ó de clase.

Para los penalistas clásicos es y ha sido siempre una cuestión, el punto de saber si la razon de castigar consiste en el *quia peccatum* ó en el *aut ne peccetur*, teoria de la *retribución*, en el primer caso, y de la *enmienda*, en el segundo.

Supongamos que la ley bajo cuyo principio ha sido condenado Luccheni, sea la segunda: ¿que necesidad había de exajerar el sufrimiento atroz, si la reclusión perpetua, no le permite reincidir?

Sí por el contrario, la ley aplicada, en el concepto de la Corte, obedeció al principio *quia peccatum*, ¿con cuanta mayor razon se imponía á los justicieros del delincuente el exámen de su culpa en los motivos íntimos? Y esto, dejando aparte las consideraciones de orden heterodoxo sobre la conciencia de Luccheni de haber ejercitado un derecho; sobre su imperfecta constitución físico-psicológica; sobre las presiones del ambiente y, por consiguiente, sobre su verdadera responsabilidad, y considerando la cuestion bajo el punto de vista puramente ortodoxo, es fuera de duda que los jueces, segun la legislación moderna, tenían no solo el derecho, sinó tambien el deber (al menos por lo que respecta á la modalidad de la pena) de examinar el *quia peccatum* en su complejidad, con relación á la *buen conducta* del procesado y á sus antecedentes.

Y sinembargo no ha tenido importancia alguna para el tribunal, la serie de dolores, de sufrimientos indescriptibles que acompañaron al desgraciado desde el instante que abandonó el seno materno, hasta que se hizo criminal. Nada pudo la prueba de que Luccheni fué bueno cuando las circunstancias se lo permitieron, tanto que llegó á conquistarse la estimación de un príncipe, y á ostentar en su pecho una medalla honorífica.

La razon da la crueldad reposa en una teoria absurda; no se basa en los motivos del atentado, pero sí en la falta de relación directa ó indirecta que tenía la víctima con el movimiento político general.

Tal fué el argumento de oportunidad invocado por lo que con fines políticos y anti-jurídicos explotaron el desgraciado suceso. ¿Pero puede esta circunstancia merecer la mas simple consideración?

Concluimos: Entre los pueblos civilizados el delito político personal en las víctimas ha hecho su época, puesto que hoy no imperan tanto los hombres, como los sistemas; la sociedad debe defenderse y los códigos modernos lo consienten, pero la crueldad legal sujerida por el espíritu político y con tendencias ú sentimientos actualmente condenados, es simplemente oprobioso y anti-científico. Esto demuestra, una vez más, que el sistema penal imperante es el fruto de preconcepciones

científicas inciertas y, por lo tanto, incapaces de la unidad y superioridad de consecuencias, propias del concepto de justicia positiva.

El castigo es para los códigos y majistrados del día una venganza latente y baja en sus aplicaciones ultimas, un medio de defensa para los que poseen el arma punitiva ó sea la ley, y no un arma de defensa social.

Solo así se puede explicar la crueldad inútil y las repugnantes complacencias de los órganos y no representan determinados intereses unitaterales que encuentran en las leyes actuales y en sus mismas violaciones, el origen de los ideales nuevos y el nuevo concepto de justicia, basado en la realidad de los fenómenos humanos, en los hechos y no en las ideas mutables, expresiones de intereses parciales y de prejuicios.

Asistimos, pues, á una verdadera incongruencia teniendo en cuenta que los clásicos que hablan en nombre del *libre pensamiento*, como supremo don de la providencia, haciendo derivar de él el bien y el mal, tratan no obstante de destruirlo con tales torturas é intentan destruirlo en todas aquellas manifestaciones que dan la idea ó ilusión del libre albedrio.

Es la pena del talión condenada en teoria y aplicada a los hechos con una cruel refinación; en un tiempo se cortaba la mano que habia herido, en el caso de Luccheni se destruye la mente que, segun se pretende, imaginó el delito.

Y esto es posible en el año de gracia de 1899, despues de la gran evolución de las ciencias jurídicas desde Beccaria á Carrara y á la nueva escuela?

ARTURO RIVA.

Atavismo Pampa

(Del libro en preparación "*Estimulos del delito*")

(Véase los números anteriores)

Todas las fierezas, impudicias y reverencias de su estirpe brotaban en él, al contacto de la ocasión propicia. Desde las épocas conjeturales, allá, cuando el errante indio, solo y triste, poderoso en su soledad, triste en la melancolía de la naturaleza muda, fecunda para excitarle con todos los gérmenes de la reproducción, solo y triste el indio en las épocas conjeturales, debió sentir, por primera vez, en su organismo esas ansias de mujer, al principio fantásticas, de puro contemplativas, desesperadas después hasta la crueldad por la ausencia de la campaña, desahogo brutal de sus acopios nerviosos.

En la serie indefinida, de padres á hijos, fué acumulándose y desarrollándose

esos impulsos que la herencia perpetua y acrecienta, inapercibidos en el medio salvaje, horribles ante la civilización que los juzga.

¿Qué es para el indio indómito la crueldad? Imitación de la naturaleza, que no cuida del hombre para martirizarle en su desamparo, desabrigo é impotencia. Ha visto al rayo matar en medio de la tempestad, á los animales acariciarse vertiendo sangre, y él mata cuando la tempestad de su alma lo domina, como ama á su compañera martirizándola con refinamientos de dolor.

Quizá el *tipo* de nuestro relato descendiera de una estirpe así: cruel en sus instintos, sanguinaria en sus pasiones, perversa



sa inconsciente en sus móviles, homicida indiferente de su propia descendencia; y perdido en la cadena de esa generación, apareciera nuestro hombre como uno de tantos eslabones que se ligaban al pasado remoto con el presente y el porvenir inciertos.

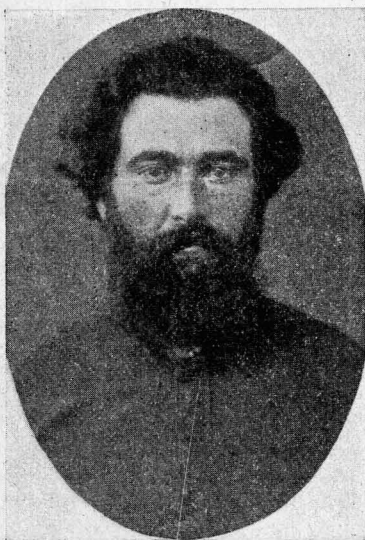
Apelemos nuevamente á las indiscreciones literarias para reconstituir la crónica judicial del asesino que nos ocupa.

Muy lejos estuvo de nosotros reprocharle el delito que habia cometido: por el camino del dogmatismo raras veces se llega al término de la confidencia, tan difícil de obtener con esos malvados, susceptibles, envueltos en el silencio, cuando se les roza la epidermis finísima de su raro amor propio. Es necesario olvidar por algunos instantes la moral evangelista si se desea do-

cumentar las meditaciones científicas con la expresión viviente de esos espíritus extraviados.

Vanidoso y lascivo, como todo sér que se ha criado lejos de la cultura social, nos narraba sus amores. No conocía esa sublimación del sentimiento; más exacto será decir: los desahogos de sus humores, con facilidad y sonrisa pedante.

Recién salido de la infancia se hizo desear por una china de la estancia donde cuidaba él una majada de ovejas. En la confianza de la reciprocidad afectuosa, la china, con sus coqueterías de bestia y sus espasmos ardientes, le había acostumbrado á la desconfianza y al delirio contagioso.



Cierta ocasión que la había sorprendido en el acto de la infidelidad con otro ocultó la rabia, y sedujo á la infiel para en el momento de la posesión arrancarle de una cuchillada uno de los pechos de la infeliz.

No se crea que lo hizo por celos ó venganza; nos confesó que hacía tiempo tenía esa idea fija, la que resolvió ejecutarla en esa oportunidad para que nunca se volviera á juntar con el otro, con el rival.

La barbaridad le obligó á huir y amaestrarse en la vida difícil del matrero, de paje en enramada y de tapera en pulpería. La rueda de la vida le llevó en cierta aventura á un velorio, en donde se prendó de una linda *moza*, hija de un paisano acomodado de la región. Antes del amanecer solicitó á la muchacha le acompañara al sitio del *pozo*; por el camino, á traición,

la desmayó de un rebencazo, la cargó en su caballo y huyó con ella sin dejar rastros.

El cariño de la mujer adormeció por un tiempo sus hábitos de vagabundo. En varias ocasiones, empero, sorprendió á su compañera en coloquio con el mayordomo de la estancia en que trabajaba, lo que le dió motivo para maltratarla sin piedad y pensar la manera de concluir con la agonia que le acongojaba. Una tarde que regresó al rancho vió desde lejos la polvareda que levantaba un jinete, que supuso al mayordomo, huyendo de la presencia del dueño de la mujer. A la noche, entre caricias, hundió el puñal en la garganta de la desdichada, y de nuevo levantó el vuelo hacia otra comarca.

Otra vez se encariñó con una negra, á quien mutiló porque le causaba repugnancia. Perdulario y errante, sentó plaza de milico en una policía del sur de la provincia, en cuyo desempeño recibió una herida en el hombro izquierdo, inferida por uno de tantos, cuya mujer había sido castigada por el milico, como acostumbraba á hacerlo con todas las que caían en su mano, abusando siempre de la autoridad que investía.

La narración dolorosa y desolada que nos hacía el asesino, nos lo representaba al cacique, su abuelo, el feroz y sanguinario azote de las poblaciones castigadas en su indefensa por el *malón* del bárbaro. Por atavismo era cruel; encontraba torturas en la voluptuosidad y voluptuosidad en las torturas, y, como el personaje de la leyenda: una mujer hermosa le hacía pensar en la sangre; la sangre le hacía pensar en una mujer hermosa.

M. CARLÉS.

(Continuará).

Guía del Estudiante

(Continuación)

CAP. II. - Los datos de la Antropología criminal

Fueron estos datos los que determinaron el nacimiento de la nueva ciencia, debido especialmente á César Lombroso.

Prescindiendo de la antigua frenología de Gall, Spurzheim, Lavater, etc., el movimiento actual es debido en especial á varios médicos ingleses (Wilson, Winslow, Maudsley, Thompson y otros.

Lombroso reunió en un organismo científico todos los trabajos fragmentarios que se habían compilado, é hizo de la Antropología criminal una ciencia especial.

Sus errores consistieron en haber dado excesiva preponderancia á los datos craneanos y antropométricos, sobre los psicológicos, y en haber amalgamado los delincuentes (exceptuado los pasionales y locos) en un tipo único y general. Pero él mismo ha venido corrigiendo, después, tales errores en las sucesivas ediciones de *L' Uomo delinquente*, punto de partida de una nueva escuela científica mundial, á que pertenecen hoy numerosas ilustraciones de Italia, Francia, Bélgica, España, Inglaterra, etc.; lo que prueba la vitalidad de la nueva ciencia que vienen confirmando los congresos y las crecientes pruebas del factor antropológico en la delincuencia.

¿Qué es la Antropología criminal?

Como la Antropología general es «la historia natural del hombre» (1), la Antropología criminal es «la historia natural del hombre delincuente», ó sea el estudio del delincuente, de su constitución física y psíquica, de su vida social ó de relación.



Homicida-ladron
Tipo común (á larga faz)

La Antropología criminal es consecuencia del método experimental aplicado que indujo al estudio del delincuente, más bien que al del delito. De ese estudio se ha deducido, con Lombroso y otros, que el delincuente no es solo una gradación entre el sano y el loco (médicos ingleses), sinó una verdadera variedad distinta del

tipo normal, inferior ó atrasado, como lo habían advertido ya Despine y Lubbock.

Esa inferioridad es determinada por el atavismo, por degeneración ó por falta de desarrollo, siendo la criatura civilizada como un salvaje, que reproduce en su desenvolvimiento las facies de la especie precedente, tanto física como psíquicamente (Lilienfeld, Spencer, etc.)

De ahí se deduce la función de la Antropología criminal entendida en sus verdaderos límites, que responde por sí sola á estas cuestiones: ¿El delincuente es siempre anormal ó en qué caso lo es? Si es anormal, ¿de dónde proviene tal anomalía? ¿Es congénita ó adquirida, corregible ó nó? He ahí los resultados obtenidos por la Antropología criminal. Ella estudia el hombre en sus manifestaciones físicas y psíquicas, empezando por las primeras porque constituyen el órgano y la parte externa que nos conducirá al interior; de ahí las acusaciones y exageraciones de los estudios craneológicos, etc., que son simplemente preliminares.

La Craneología en los dos tipos más salientes de la delincuencia — homicidas y ladrones — ha constatado una inferioridad significativa (menor circunferencia, ángulo facial más agudo, mayor diámetro zigomático), así como en los datos morfológicos (asimetría del cráneo cerebral, sínosis precoz, prominencia del occipital, etc.)

(1) Quatrefages.

El exámen del cerebro ha confirmado la irregularidad é inferioridad del tipo con respecto al desarrollo de las circonvoluciones. La fisionomía es también y á menudo otra confirmación.

No menos ricos en datos es el estudio general del cuerpo: tatuaje, deformidad del esqueleto, de las vísceras, etc.

La psicología da, por una parte, los datos descriptivos (lenguaje, escritura, literatura) y, por la otra, explica la génesis individual del delito, dando las pruebas de la *insensibilidad moral* (falta de toda repugnancia, primero, y de arrepentimiento, después) y de la *imprevisión*, por defecto de asociación de ideas y de remordimientos, notas características aún en el salvaje.

En orden á los datos antropológicos, se nos presenta una grave objeción: *cual sea el alcance y la extensión de los datos antropológicos en la falange de los delincuentes comparados entre sí y no en relación á los hombres normales?* Para responder es necesario establecer ante todo que los estudios fisiológicos y psicológicos son todavía nuevos y faltos, por consiguiente, de una exactitud matemática ó cuantitativa (Stuart Mill), sinque esta circunstancia les quite su carácter científico. Los progresos alcanzados ya en las ciencias psicológicas y sociales (Hemboltz, Richet, Baat, Exner, Buccola, Mosso, Mayer Seppilli, Ferrari, Quelet, Morselli, Lacassague, Lombroso, etc. etc.) son la mejor prueba y garantía de las conquistas y perfecciones futuras.

Esto sentado, qué importancia pueden tener las escepciones á las consecuencias deducidas de los datos antropológicos?

1. Se exajera costatando un dato único ó algunos de ellos en el hombre honesto, para juzgarlo, mientras en los delincuentes existe la suma de todos ellos.

2. En el honesto se encuentran, además, caracteres que paralizan los antropológicos y que los ignorantes se olvidan de verificar.

3. Muchas veces se heredera de un ascendiente la superficialidad física degenerada, y del otro, la constitución psíquica regular (Ribot),

4. Se confunde la Antropología criminal con la Frenología, siendo así que la segunda hacía corresponder actividad á órgano, mientras los datos antropológicos solo crean una presunción.

5. La honestidad, además, no se mide solo por los artículos del Código (por ejemplo: la delincuencia de la alta clase que roba en los bancos antes que en la tienda, que seduce, antes que estuprar.)

6. El delincuente nato revela bien pronto sus tendencias, pero el honesto es tal hasta hoy y podrá dejar de serlo mañana.

7. Los delincuentes que quedan impunes, los autores de delitos no descubiertos, y muchos que han salido de las cárceles pasan por honestos y no lo son sinó porque se ignora sus antecedentes.

Concluyendo: Los datos antropológicos tienen un valor no absoluto sinó relativo el cual crece segun la mayor ó menor frecuencia de los caracteres en el hombre delincuente.

A este respecto y dada la sustitución del método de las *series* al *proporcional*, debemos observar que la objeción del escaso número no tiene á su vez más que un valor relativo porque un dato



Homicida-ladron
(á grandes mandíbulas)

puede constatare aún con pocos sujetos, y la ley de los grandes números se limita á hacer más positiva la constatación.

Entrando á la importancia que esos datos revisten en la misma falange de los delincuentes, se ha notado ya el error de generalización en que incurre Lombroso en la primera y segunda edición de *L' Uomo delinquente*.

Solo en una parte de ellos se encontró determinados caracteres, de donde la necesidad de distinguirlos.

Ya Gall (1825) distinguía los pasionales de los instintivos, tomando por base el remordimiento; Tonemarche (1835) separaba: 1. delincuentes por miseria material, moral é intelectual, 2. pasionales, 3. viciosos ó refractarios á toda acción moralizadora; Diey había hecho una tripartición semejante; Frejier (1840), en las memorias de Vidocq, dividió los ladrones en tres categorías: a) ladrones de profesión; b) de ocasión (por debilidad de carácter: c) por necesidad; distinguiéndolos además bajo el punto de vista de la mayor ó menor repugnancia á la sangre. Ducanp amplió esa distinción: *casse pégre* (ladrones no sanguinarios, y *hante pégre* (sanguinarios).

Lauvergue divide los homicidas y estupradores según el móvil (impulso, voluntad, instintos brutales).

Ferrus distingue: 1º incorregibles (depravados); 2º poco desarrollados moralmente (habituales); 3º ineptos para la lucha por la vida.

Despine (1868) con Mittermaier y otros distingue: delincuentes de *sangre fría* (pasionales), por *locura moral* y por *enajenación mental*.

Nicholson los divide según las aptitudes para soportar las disciplinas de las cárceles, además de *accidentales* ó *de ocasión* y habituales, división repetida por Valentini, Edlotul, Guillaume, Morcelli, Petit, etc.

En fin, Huret en 1875 dividió los delincuentes: 1º en no viciosos, es decir, cuya perversidad no es crónica; 2º verdaderamente malos y rebeldes á las leyes; 3º inertes, holgazanes, brutos.

De estas clasificaciones, precedentes todas al trabajo de Lombroso, se deduce: a) la constatación concorde y constante de una clase de delincuentes incorregibles; b) que dichas clasificaciones están basadas en la conducta posterior al delito y no sobre la naturaleza del delincuente; c) la división entre delincuentes ocasionales y habituales, diversas por el génesis y por las manifestaciones ulteriores del delito.

La distinción entre *habituales* y *ocasionales* fué acogida por los romanos, en la edad media (Estatutos) y hoy día por los clásicos (Romagnosi,

Carrara, Ortoln, etc.), que sin embargo no deducen de ella consecuencia alguna.

Thomson y Maudsley afirmaron genéricamente la existencia de una clase de delincuentes, verdadera variedad degenerada de la especie humana.

(Los datos antropológicos sólo tienen importancia para la categoría de los delincuentes habituales).

Tal distinción puede probarse: 1º con las resultancias de las investigaciones sobre los delincuentes que han demostrado que, por ejemplo, en determinado distrito (Pesaro) sólo el 11.9 % de los condenados no presentaba anomalías, mientras que en otros tantos soldados, el 37.2 % no las presentaban; 2º con los datos estadísticos sobre la reincidencia, que es, puede decirse, la regla y no la excepción de la vida criminal (Lombroso y Espinas). De esos datos se desprende la mayor criminalidad relativa, y ellos demuestran, por ejemplo, que la reincidencia es superior en los homicidios calificados que en los simples.

Así, el robo es el que da mayor reincidencia con las falsificaciones de comercio, en comparación con los demás delitos contra la propiedad.

En Francia las cifras más altas las da la delincuencia habitual (vagancia, estafa, hurto).

Los estudios antropológicos sobre los reincidentes han dado (en los limitados trabajos hasta 1887) una proporción aproximativa de 40 á 51 %, en los cuales se encuentran datos antropológicos.

Es necesario tener en cuenta la clasificación de los delitos, dato que de 203 infracciones penadas en el Código alemán, 180 en el sordo-italiano (abolido), 150 en el francés, sólo 10, más ó menos, dan elementos de reincidencia.

Debe tenerse presente, además, el criterio estadístico con respecto á los delitos impunes, puesto que en Bélgica, por ejemplo, es menor el porcentaje por no comprender la vagancia. La delincuencia habitual da una media casi doble para los Assises que para los tribunales.

En cuanto á la frecuencia numérica y total en Europa, (1877-81), viene primero el *hurto* (Italia 20, Francia 24, Bélgica 23 %), que, con las apropiaciones indebidadas, da el 37 % de la delincuencia total. Sigue luego la vagancia, 5 %; homicidios, 4 %; estafas y fraudes, 3 %; robos, 2 %; falsedades, 0.9 %; estupros y asociaciones de malhechores, 0.4 %; incendios, 0.2 %.

La frecuencia de los delitos ocasionales varía, por el contrario, de país á país, con algunas excepciones.

Dada y probada la distinción entre delincuentes habituales y ocasionales, mediante la antropología y la estadística, se imponen también otras distinciones:

1. *Delincuentes locos*, entre los cuales está la variedad lombrosiana del *loco moral*, por falta congénita ó adquirida de sentido moral, aunque con aparente existencia de raciocinio lógico.

En esta categoría entra también la *Zona intermedia* de Maudsley, ó *matoides* de Lombroso, se-

milocos extravagantes como Lazzaretti, Mangioni, Passanante, etc.

Semilocos son, además, cuantos cometen delitos atroces con frialdad extrema sin causa alguna ó con causa pueril, perteneciendo á esta clase los afectados de locura hereditaria, epilepsia, etc.

2. Los *delinquentes natos*, son tipos de hombres salvajes sin noción del mal y del bien, ni temor de castigo; corren el albur de la cárcel como el albañil el riesgo de caer de un andamoi. Dan un gran elemento á la reincidencia.



Asesino
(á grandes mandíbulas)

3. *Delinquentes habituales*, ó por costumbre adquirida, individuos sin los caracteres antropológicos que se hallan tan marcados en el delincuente nato, pero que tienen tal debilidad moral que después del

primer delito, al que, por lo general, se ven impulsados por las condiciones, se habitúan á él.

Además de los datos antropológicos, son características la precocidad y la reincidencia, datos que las estadísticas criminales ilustran con cifras elocuentísimas.

4. *Delinquentes por pasión*, variedad de los ocasionales, fácil de distinguir por ciertas características, y que representan el tipo de la *fuerza irresistible*, ejecutando delitos casi exclusivamente contra las personas. Lombroso con Bellinger y Guillaume fijaban la media en un 5 %, pero tal proporción es demasiado exagerada.

Al revés de los delinquentes natos, son individuos sanguíneos ó nerviosos ó extremadamente sensibles, y se acercan á los locos. Delinquen en la juventud, conmoviéndose antes y después del delito, y usando armas y lugares inadecuados. A menudo se suicidan.

5. *Delinquentes de ocasión*, es decir, impulsados al delito por las condiciones personales ó por el ambiente externo físico-social.

Existe siempre en ellos una imperfección orgánica, pero las causas determinantes son externas, mientras que en el delincuente nato son internas, personales.

La característica es la imprevisión con respecto á las consecuencias.

Concurren, en mucho, las condiciones de edad, sexo, económicas, meteóricas, etc.

* * *

La prueba de la diferencia natural y orgánica entre los delinquentes existe en la necesidad unánimemente reconocida de dividirlos y subdividirlos en varias clases.

En efecto: además de los que insisten aún en la división de los delinquentes en habituales y ocasionales, tenemos hoy á Misloff que da cuatro categorías: salvajes por atavismo; locos ó enfermos; descendientes de locos, enfermos y delinquentes; individuos privados de medios y psíquicamente inadaptables á la lucha por la vida.

Le Bon distingue dos categorías: delinquentes por predisposición hereditaria y por lesiones sufridas, subdividiendo la primera en cuatro: natos,

impulsivos, inteligentes, enérgicos, pero sin sentido moral. Así distinguen también Lacassagne, Arbox, Puglia, Tomasso, Liszt, Jötrung, Poletti, Starke, etc.

De esta multiplicidad de opiniones se deduce:

1º La negación del tipo único de delinquentes y la necesidad de dividirlos, no sólo para la administración de las cárceles, como dicen algunos, sino como criterio directivo en la defensa social.

2º Entre las diversas clasificaciones no hay contradicción, y sí sólo diversidad de grado, lo que demuestra la base científica de aquéllas, mientras lo contrario es característica de la metafísica.

A los que lamentan la pluralidad de las clases se les debe oponer que hoy la biología ha demostrado la superioridad del método de las series distintas sobre el de las medias complejas, es decir, que así como para la terapéutica individual y para la social el estudio preciso consiste en descubrir las causas más particulares, para determinar los remedios especiales.

3º La variedad de los tipos de delinquentes como producto natural que la antropología estudia y designa.

El primer reconocimiento oficial de esta afirmación científica de la diversidad de los motivos criminales, que en sí mismos son la mejor negación del principio de libertad, fué la introducción en la moderna legislación penal de la distinción entre la detención, ó *custodia honrada*, y la reclusión.

Es verdad que los descubrimientos científicos no pueden entrar en las normas oficiales de la vida humana, sino cuando los principios en que se basan se hayan hecho carne en las masas.

BRUNO.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

La delincuencia bancaria en la sociología criminal, en la historia y en el derecho, por el Dr. RODOLFO LASCHI (Turín). (En Buenos Aires, librería Cantiello).

Es fuera de duda que la delincuencia bancaria, en el sentido lato de la palabra, es el gusano roedor de la clase media de todos los tiempos, como lo demuestra el autor y lo dice también el Dr. Morselli en el prólogo del libro, pero precisamente por ser la consecuencia de «la bancarrota moral del sistema capitalista á través de las épocas y en las más variadas formas de organización social, en los estados monárquicos como en los republicanos, en las oligarquías como en las democracias», no podía alcanzar mayor desarrollo sino en la época moderna, que es dominada y se basa sobre dicho sistema.

Se puede decir, en efecto, que desde 1850 en adelante la historia económica de Europa, y especialmente la del mundo latino, se reducen á una sucesión de colosales estafas, de desastres y ruinas increíbles, en estridente contraste con la civilización y con las necesidades de los pueblos y los tiempos. La aguzación hasta ese punto de un fenómeno de tanta gravedad no podía menos que

atraerse la atención de los estudiosos de las cosas humanas y, efectivamente, sobre los grandes desastres financieros de estos últimos tiempos. Pero es á Laschi á quien estaba reservado el mérito de avocarse el doloroso problema en sus expresiones más complejas y viviseccionar esta grave llaga de la perversidad humana.

El prefacio del ilustre profesor Morselli es la mejor reseña del profundo trabajo en que todos los factores posibles de la delincuencia común son casi llamados á deponer sobre su propia participación en la formación de tan complejo *todo* criminoso.

El elemento psicológico y el histórico se funden en el sociológico, que tiene la preponderancia como causa determinante. La *civilización*, con nuevas necesidades y consiguientes estímulos, da al problema su carácter moral; la *raza* secunda más ó menos la propagación del mal (ingenuidad, credulidad, etc.); las *clases*, con la consiguiente retención del poder por parte de una de ellas, crean y fomentan la explotación de las inferiores; el *parlamentarismo*, arma de poder, consiente á las clases dominantes forjar la *justicia* como órgano y las *leyes* como normas para la defensa de los propios intereses. La *moral* resultante no puede diferir en su espíritu del de tales coeficientes. Las *cualidades personales* de los Law, Lesseps, Tanlongo, etc., encuentran tales ascendientes sobre las masas predispuestas, por tantas causas, á ser víctimas, y especialmente por las *causas económicas*, como el esperado florecimiento de las naciones resurgidas (Italia), la poca retribución de los capitales y los abusos de los capitalistas. El *contagio* hace al fenómeno internacional y, por consiguiente, es internacional la criminalidad respectiva.

El autor pasa después á la prueba de la acción constante de estos factores, interrogando á la historia, y desde los *publicanos* de la Roma pagana con los Cicerón, Pompeyo, Verre y Catilina (verdaderos predecesores de los panamistas modernos), con sus leyes manilias, no muy diversas de las votadas por los congresos actuales, pasa á examinar los orígenes de las bolsas contemporáneas, títulos y compañías comerciales (*Camera di Prestanza, Fedi e letteri di Crédito, Compagnia di San Giorgio*); ilustra las grandes estafas del reinado de Luis XIV y de la regencia, que tuvieron el nombre de *sistema Law*, primera y colosal explotación de la credulidad de los pueblos con el concurso del poder. Ni aun la Revolución logró extirpar el mal con la severidad de las leyes, y los mismos patriotas enriquecieron con las especulaciones ilícitas sobre los *asignados*. La Restauración está caracterizada por la cínica frase de Tayllerand, y el reino de Luis Felipe encarna el triunfo del *agiotaje*. L' *Union Generale* precede *El Panamá*, al cual sigue el *Comptoir d'es-comptes*.

La *luc* bancaria produce en Italia los desastres de los bancos: *Romana, Generale, Immobiliare*, etc. y la falanjería de los estafadores italianos no va en zaga á la francesa.

Del análisis general é histórico el autor pasa al estudio individual del delincuente, estudio incompleto quizá por las mismas dificultades que se le oponen. Después de haber afirmado, contra la opinión de Colajanni, la concurrencia del factor individual, además del social, bosqueja el tipo del estafador y el de las zonas intermedias del punto de vista psíquico, para concluir con Lombroso que el delincuente bancario es un *criminaloide* en quien triunfa la influencia del ambiente por la debilidad de su tejido moral. Faltan casi, en él, los caracteres an-

tropológicos; la perversión del sentido moral no es originaria; afectividad, prodigalidad, inteligencia, superiores á la media; ausencia absoluta de remordimientos, hipertrofia del Yo. Todo esto lo prueba con los numerosos y característicos tipos que se han sucedido en la escena italo-francesa.

Nota la cooperación prestada por el arte en tales estudios, y recuerda después de las sátiras de Plauto, Horacio, Juvenal, á la corrupción romana, el «Mercador de Venecia» de Shakespeare; el «Robert Macaire» de Lemaitre y «Mercadet l'affariste» de Balzac, para hacer, en fin, justicia á los altos méritos científicos de Zola en *L'Argent*, de Rovetta en *Baraonda* y de Ibsen en *Gabriel Borkmann*.

Constatada la antigüedad del mal, la constancia de las causas y de los factores, así sociales como individuales, examina los remedios legislativos, á través de las diversas épocas históricas, recordando la inutilidad de la Cámara de justicia de Luis XIV y los crecientes rigores hasta Calonne, que á la sanción penal unió la nulidad civil. Examina las legislaciones modernas con relación á los diversos delitos, (fraude, falsedades, agio, juegos de bolsa, etc.), para concluir que se impone más bien una legislación preventiva que represiva, notando la incongruencia de que las leyes especiales derogan las generales, especialmente por lo que á la *tentativa* se refiere. Nota la injusticia de las penas actuales, denunciando las artes mañosas de los criminales con la caza al *prestanombre*, y denuncia la lenidad de las leyes para con los administradores, las insuficiencias de las multas y la amplitud de las acciones sobre daños y perjuicios. Aconseja la pena indeterminada, y basado en las enormidades cometidas por los jurados (producto del ambiente) quiere se defiera á los jueces letrados todos los juicios de este género.

Hace votos por la más lógica y equitativa reglamentación de las defensas y pericias, proclamando, además, la necesidad de acordar la acción pública y de conseguir la extradición de los reos, tratándose de delitos que minan la existencia económica de las naciones.

Dedica el último capítulo á los remedios de carácter preventivo que se pueden dividir en particulares ó económicos (leyes contra el agio, sobre las bolsas, régimen bancario, etc.), y en generales (reforma y moralización del parlamento, de la burocracia, educación moral, magistratura, etc.)

Este último capítulo es un verdadero grito de alarma que el autor levanta ante la gravedad del momento histórico por que atraviesa toda la humanidad capitalista.

Refiriéndose á las clases dirigentes, pronostica su caída del poder y las aconseja descender antes que las actuales instituciones, demasiado basadas sobre el engaño y la mentira, se precipiten. Pide que al crédito se le restituya su sinceridad, á fin de que «el ahorro pueda correr entre las manos de los operarios, vivificando de hombres y de mieses los campos abandonados; renovando el agradable crujido de las máquinas rescatadas al capitalismo por obra del mismo crédito».

Si bien no conviniendo con el autor en esta última parte, en lo que respecta á su ilimitada esperanza, ni en la *posibilidad* y *utilidad* de esta generalización del crédito, ante la marcha triunfal de la gran industria que absorbe y reasume las actividades individuales, y creyendo, en cambio, en el rescate de los medios de producción por toda la colectividad, como remedio radical á tantos

males, estamos de acuerdo en la practicabilidad de muchos de los remedios sugeridos por el autor.

En cuanto á la Bolsa, se habría debido inspirar quizá en las palabras de Max Nordau, que él cita, y á las irrefutables pruebas que da de la inutilidad de tal máquina económica, en la cual sólo el 6 % de las operaciones tienen un fin excusable, y proclamar la necesidad de su abolición.

De todas maneras, la obra de Laschi, en su parte positiva, es superior á toda crítica.

A. R.

REVISTAS

El delincuente y el loco en el drama y en el romance modernos, de CÉSAR LOMBROSO.— *Nueva Antología* — (Roma).

Confrontando los dramas y romances de hoy con los del pasado, sorprende en aquéllos la extraña frecuencia de protagonistas locos y degenerados. En Ibsen más de uno, y á veces todos, representan tipos de degenerados con los caracteres que la ciencia constata, pero que en ella no se creen verdaderos. En *Gli Spettri* existe el cuadro más vivo de la parálisis general progresiva, frecuente en los hombres de gran actividad mental, que han abusado de los placeres ó contraído tristes herencias.

Sólo se nota, como en *Nora*, la exageración del atavismo, de la herencia, aunque justa y verdadera como ley de las causas que denuncia; del padre corrompido por Venus ó por el alcohol nace el hijo parésico y la hija viciosa.

Hedda Gabbler es la víctima de las neurosis, y *Las columnas de la sociedad* nos prueban que los grandes hombres políticos han sido á menudo bribones y neuróticos; en el *Borkman* es el delincuente bancario, como lo extracta admirablemente Laschi en *La delincuencia bancaria*; ausencia de afectividad y sentido moral; megalomanía, egoísmo, heredados por el hijo.

En *Dostejewsky* los locos, y especialmente los epilépticos, dan la mayoría de los protagonistas, cuando no se nos pinta, á los criminales natos, según las teorías de Lombroso, como en la *Casa de muerte*, describiéndose la extraña familia de Galestes, el contrabandista de profesión. Ibsen reconoce el fondo patológico de tales organismos, constatando en ellos, entre otros, la vanidad loca de los unos, la vil sumisión de los mendigos natos privados de toda personalidad. Confiesa aún la existencia de los delincuentes natos que no violan el código como el teniente Sliere Blamecof, de veinte años, que gozaba torturando á todo soldado; nota, además, la insensibilidad dolorífica de estos delincuentes natos, tanto que Tolument había recibido cuatro mil azotes sin sufrir por ello.

En los *Beri* á los delincuentes comunes se sustituyen los políticos, por más que la exageración atenúe la verdad científica.

Zoptivitch es un matoide, soñador de grandes obras.

Ktirilof es un epiléptico que disfruta la monomanía suicida.

Clatoff es un violento fanático, pero honesto, que se ilusiona, tiene por esposa á una prostituta, etc.

El héroe es Stravroctine, hijo de la generala prepotente y política; lascivo, corrompe á todas las vírgenes que encuentra, víctima de sus excesos epilépticos, no siente amor por la madre ni temor por la opinión pública. Pasa por jefe de los nihilistas, á pesar de despreciarlos.

En *Delito y pena* es el delincuente de ocasión quien hace de protagonista. Pobre, pero envidioso y orgulloso, no ama á su hermana, que hace sacrificios por él. Estrechado por las condiciones agudas de su desequilibrio, mata á un viejo usurero; pero el remordimiento, que no puede acallar haciendo el bien, lo impulsa á confesar á un espion el delito. Condenado, se rehabilita con el trabajo.

En *La Bestia humana* Zola describe á Jacques Lantier atribuyéndole muchos de los caracteres del delincuente nato, y la descripción de los vértigos ó amnesia epiléptica es conforme á las últimas afirmaciones de la ciencia. En ella existe la repugnancia al delito no instintivo.

En *L' assommoir* es el alcoholista en *œuvre* y el paranoico.

En *Jack*, de Daudet, el matoide, y en *Fille Elisa*, de Goncourt, se describe el acceso epiléptico psíquico, frecuente en las prostitutas.

En los dramas griegos y romanos no hay estudios de caracteres. Preocupando, entonces, el símbolo, la moral y las tradiciones, el individuo no era nada, y son raras excepciones *Los Persas*, de Esquilo, y *La Presa*, de Miletó.

Más adelante y hasta Molière y Goldoni no encontramos más que la reproducción clásica.

En Schiller y Goethe lo que interesa son las costumbres. *Fausto* y *Margarita* son símbolos y no personajes reales y verdaderos.

En Dumas los individuos son elementos pero no sujetos en sí mismos.

Las razones de estas diferencias están en los diversos estados de las ciencias, puesto que aun en el arte se ha empezado por lo exterior, como en derecho penal se ha estudiado primero el delito y el delincuente después, y en medicina se han estudiado las enfermedades antes que los enfermos.

Otra razón, el alarmante acrecimiento de locos y criminales, cuyo número era casi nulo en el pasado. Así en Estados Unidos, por ejemplo, en el último decenio la población aumentó en proporción del 33 % y los locos del 155 %! Muchos de estos locos no son creados, sino tan sólo revelados, pero el mayor incremento es alcanzado por la parálisis general, antes desconocida; por la epilepsia revestida de nuevas formas; por los matoides que tienen cara de sano á base de imbecilidad y de astucia práctica.

Las pasiones nuevas y el torbellino de la vida actual agotan las naturalezas débiles.

Dante, Eurípides, Shakespeare, por su gran poder de observación, penetraron hasta el carácter y cincelaron las líneas de las formas más comunes de degeneraciones. Así, los tipos de Dante; Macbeth, Hamlet, Ofelia, Rey de Lear, etc.

¿Por qué esas verdades se aceptan del arte y no de la ciencia? Porque ante figuras verdaderas con los colores del ambiente y con perfiles agrandados, se ve y se cree en el hombre moderno; pero cuando hablan las estadísticas frías y los trabajos científicos, el viejo pasado surge contra el presente para obligarnos á negar.

La escuela de la nación (*El cuartel*), de M. MAGNANI.—*Revista Popular*.—(Roma).

Los entusiastas de la guerra afirman que el ejército es la escuela donde se forma el carácter nacional, de donde la necesidad de mantenerlo. Entre ellos aquellos que son de buena fe confunden el medio con la causa, creyendo mantener vivos, con el espíritu militar, *altos ideales* que florecieron en los tiempos de las reivindicaciones nacionales y que fueron la determinante del espíritu militar, el cual, por consiguiente, lejos de generar, presupone aquellas idealidades.

Desaparecidas ó debilitadas éstas, ¿cuál es la función del ejército?

Al tiempo del reclutamiento ha transcurrido ya la edad útil para la formación del carácter, y, por otra parte, la multiplicidad de los sujetos, la brevedad del servicio, la hacen imposible, de tal modo que el ejército tiene que limitarse á presuponer un sentimiento patriótico consciente, el cual no existe en la gran mayoría. De ahí que el cuartel tienda tan sólo á formar hombres aptos para la guerra, en el más breve término posible, y use, por tanto, los medios más adaptados á una materia tan torpe, lo que explica su carácter odiosamente coercitivo. Quiere decir que, no pudiendo unificar aquella masa moralmente, intenta mantenerla unida mecánicamente con el terror á los códigos penales, á los reglamentos de disciplina, sin contar la complicidad de coerciones sutiles que suprimen al hombre, reemplazándolo por una máquina.

En efecto: la divisa hace desaparecer al ciudadano á sus propios ojos (¡tanta es la coacción moral!), haciéndole resaltar aún más las diferencias del grado con la consiguiente sujeción. La monotonía de las ocupaciones, la repetición, durante días, meses y años, de los mismos actos, borra la consciencia del propio valer, el espíritu de iniciativa y originalidad.

Las clases antiguas continúan el trabajo de depresión moral, zahiriendo al recluta en su amor propio con la burla, producto de una pretendida superioridad por la adaptación que el recluta se esfuerza en conseguir en el menor tiempo posible.

La invisibilidad del principal motor de la vida militar, toda la gradación jerárquica que lo esconde y que ahoga en sus estrechos círculos toda tentativa de llamado á la justicia, anula en el soldado la idea de la misma. El único afán del recluta es el de adaptarse, para sustraerse así al escarnio y á la desilusión; y su único pensamiento es la esperanza de que pase el tiempo, y sobre ella puede decirse que se teje todo el trabajo intelectual, fantasista y soñador del soldado.

La instrucción militar, en fin, destruye totalmente la especial fuerza individual, original y libre que podría impedir la cohesión y la unidad del ejército, puesto que después de los primeros tiempos de esfuerzo el cerebro no tiene nada que ver con los movimientos del soldado; todo lo hace la costumbre; el mando se hace una necesidad como la mano del que pone en movimiento una máquina.

Concluido el servicio y vueltos á la vida civil, el deseo del empleo los ocupará; desearán aún que alguien los mande, y sólo el que tenga coraje ó fuerzas excepcionales volverá á la obra difícil de reconstituir su carácter.

Examinando luego aquellos que Hamon llama *militares de profesión*, se encuentra la confirmación de este atrofiamiento de la individualidad psíquica del soldado.

La educación militar tiende á destruir, más bien que á desarrollar las voluntades individuales, de donde la rígida separación de un grado á otro; el estudio de todo superior es de *parecer* talantes que *serlo*, y esto por todos los medios, en nombre del *prestigio del grado*.

El ejército se reduce, pues, á un esqueleto; no es ya un verdadero organismo, porque le falta el alma, es decir, un ideal sobre el cual apoyarse.

* *

Revista crítica de Socialismo, dirigida por S. MERLINO. (Roma).

Nos ha llegado el segundo número de esta importante revista publicada para despertar el pensamiento socialista, científica y políticamente entendido, y para continuar en la crítica á la concepción marxista, iniciada ya y desarrollada por Berstein, Sorel, Wanderwede, Belfort, Bax, Loria, Croce, etc.

Entre los artículos que contiene, notaremos *La transformación del trabajo doméstico*, de Ana M. Mozzoni:

Todo se transforma en y fuera de nosotros; en la naturaleza es ley de vida, en la sociedad es la ley de la historia. Este principio científico vence hoy al *conservantismo* dando lugar á los jóvenes turcos, á los jóvenes católicos, chinos, etc. Esto no obstante, la mayoría insiste en sustraer á la mujer de esta ley, pero es este un vicio mental, desde que la mujer que hila, como el hombre que estudia escolástica, son dos *superstici*.

La vida de la mujer es relativa á los tiempos, y es por esto que entre los bárbaros y semibárbaros, no pudiendo la mujer seguir á los hombres en sus luchas, su mundo se reduce á la familia; cuidar la prole, criar pollos, tejer, etc.

La mecánica quitó á la mujer la mayor parte de su trabajo. El tejido, el recamado, el bordado, la costura, la ovicultura, que eran antes obra de la mujer, todo ha pasado al hombre, ayudado por las máquinas.

Hasta la noble misión de esposa y de madre está hoy á discreción de la dote, de la pensión, de la mayor ó menor longevidad del consorte, que la destruyen ó obscurcen de mil modos.

La aldeana que trabaja el campo es todavía útil á la *misión*. Así sucede á la obrera, aun cuando más expuesta á los escarnios de la suerte; pero la verdadera víctima es la mujer burguesa que estudia y que piensa.

En ella se condensan todos los elementos que concurren á crear la complicada cuestión feminista.

El único remedio á este mal es el profesionista. En el comercio tiene su lugar; en la medicina la combate el prejuicio; la curia y la iglesia la rechazan; no le queda, pues, más que la burocracia.

La Europa se defiende aún del asalto, pero á los sofismas del hombre responde la serena perseverancia de la mujer. En América esta última ha triunfado, y las administraciones públicas proporcionan á cientos de miles de mujeres aquel pan que la evolución del trabajo doméstico les ha quitado.

Europa no tardará mucho en ceder, y entonces muchos males se habrán subsanado.

* *

Revista Judicial — Buenos Aires. — En el número de Febrero último se reproduce una parte de la defensa presentada por nuestro distinguido redactor Dr. Manuel Car-

lés al tribunal militar en la causa seguida al teniente Tolosa, acusado de malos tratamientos en la persona de un soldado.

Franca y sinceramente lamentamos su publicación como artículo de revista, toda vez que, aunque ese trabajo es una prueba del ilustrado ingenio del autor, y de su indiscutible mérito como abogado defensor, no responde en manera alguna, no sólo á los preceptos del positivismo, pero ni siquiera á los de nuestra civilización, que precisamente marca en estos últimos días una violenta reacción contra el militarismo absorbente.

En ese estudio el defensor se ve obligado á buscar en la historia de los tiempos de la violencia armada, la justificación de la necesidad de ser algunas veces brutal, aun hoy mismo, en nombre del *prestigio del grado* y aun cuando se viole con ello las normas primitivas del regimiento.

En otro capítulo de esta misma sección extractamos un espléndido trabajo sobre la función intelectual y moralmente negativa del cuartel, estudio que es la mejor y más irrefutable contestación á la tesis sostenida en la defensa-artículo de que nos ocupamos.

La propaganda es tanto más perniciosa en este país cuanto que los castigos corporales en el ejército están á la orden del día, por lo que la prensa diaria de la capital ha dado la voz de alarma con frecuentes denuncias concretas de los delitos de esta especie últimamente cometidos.

La República Argentina, como nación nueva y eminentemente democrática, no debe, no puede imitar el ejemplo de la vieja Europa, en las peligrosas mañas contra las cuales ella misma empieza hoy á reaccionar, y, por el contrario, dada la necesidad de la defensa nacional, debe propender empeñosamente á que la disciplina, en el defensor de la patria, surja de la *conciencia* del ciudadano, de su misma necesidad, y no del *terror*, que no puede revestir en manera alguna el sentimiento noble del patriotismo.

Es entendido que criticamos tan sólo la publicación y no el trabajo en sí, como defensa letrada.

**

La Semaine Medical — París. — En nuestro último número dimos cuenta de un espléndido artículo del senador italiano Bizozzero sobre la importancia de la higiene. Hoy, como una prueba del desarrollo adquirido por la función preventiva del estado, recordamos la nueva ley francesa sobre falsificaciones y adulteraciones de las sustancias alimenticias que, consumidas en gran cantidad por las masas proletarias, constituyen una de las causas de agotamiento y de la consiguiente destrucción física y aun de la degeneración.

Como justamente observa *Semaine Medical*, muy rara vez los parlamentos dejan las huecas cuestiones políticas para ocuparse de su verdadera misión social, de la que el pueblo solo puede esperar su mejoramiento y las naciones su regeneración.

Tales leyes son, sin duda, un dique puesto al exorbitante principio: *laissez faire, laissez passer*, pero denota la reacción lógica é histórica del principio social sobre el individualista, que informó las legislaciones civiles, desde la revolución francesa en adelante.

La ley de que nos ocupamos fué votada por el senado francés á principios de Febrero próximo pasado, y sanciona una pena de tres meses á un año de arresto y de 100 á 5000 francos para los falsificadores, ocultadores

y expendedores de sustancias alimenticias adulteradas. La prisión será de rigor cuando la falsificación sea nociva. Al mismo tratamiento serán sometidos los que vendan mercaderías corrompidas que puedan equipararse á las adulteradas.

En su último número registra también la *Semaine Medical* un estudio titulado: *Influencia del clima sobre los efectos nocivos del alcohol*.

Según el articulista, y con referencia á los estudios practicados por el profesor J. A. Silskorsky (de Kiev), los efectos del alcohol, contra la opinión hasta hoy dominante, son más perniciosos en los países del norte que en las regiones meridionales. La estadística ha demostrado que los accidentes mortales debido al alcoholismo agudo, que son en las provincias de la Rusia meridional en una proporción media de 15 á 22 por año y por cada millón de habitantes, oscilan en las provincias del centro alrededor de 40, para alcanzar en las del norte de 70 á 110. Esta diferencia nada tiene que ver, como puede suponerse, con el mayor ó menor grado de consumo de espíritus, puesto que, según la estadística del ministerio de finanzas, correspondiente al decenio de 1881 á 1891, la media del consumo es más débil en las provincias del norte (excepto San Petersburgo y Moscow) que en las del sur, donde llega de 3.57 litros á 4.80 de alcohol puro por cabeza, mientras que para las primeras la variación es sólo de 2.46 litros á 3.07 litros.

Si, á pesar de este menor consumo de alcohol, los casos de muerte por exceso de bebidas son más numerosos en las regiones septentrionales, la razón de ello sólo puede encontrarse en las influencias térmicas. Las investigaciones del profesor mencionado á este respecto, demuestran que el número de deunnciones de este género es tanto mayor cuanto más baja es la temperatura media del país. Esta temperatura media, que para la Rusia meridional es de 7°9, disminuye hasta 4°8 en las provincias del centro y hasta 3°8 en las del norte.

Las temperaturas elevadas agravan, pues, la influencia nociva del alcohol.

Las variaciones bruscas en las series de cifras tomadas año por año vienen á confirmar esas afirmaciones. Así para las provincias del noroeste la mortandad por el abuso de las bebidas ha sido en 1886 diez veces menor que en el año siguiente.

Ahora bien: los informes meteorológicos de la Academia de Ciencias de San Petersburgo indican que, durante el año 1886, la temperatura ha sido suave en extremo, mientras que en 1887 ha sido en extremo fría. Debe tenerse en cuenta, además, que en toda la Rusia se bebe generalmente aguardiente, siendo, por lo tanto, casi nulas las variaciones que pudieran resultar de la diversa intoxicabilidad de las bebidas, lo que no sucede en Francia, donde en muchas regiones se consumen alcoholes y en otras, numerosas también, vinos.

En resumen: el profesor Sikorsky se cree autorizado á afirmar que el frío exterior aumenta de una manera considerable los efectos tóxicos del alcohol, triplicando las probabilidades de envenenamiento.

Contrariamente á la opinión generalmente admitida, el uso de licores fuertes parece, por otra parte, tanto menos indicado en los países fríos, cuanto que el alcohol, lejos de contribuir á conservar el calor del cuerpo, ejerce más bien una acción anti-térmica, paralizando los vasos de la periferia y retardando así la corriente sanguínea, como también los cambios orgánicos.

A. R.

CUADRO DEMOSTRATIVO

del movimiento de las causas criminales resueltas definitivamente por la Camara de Apelaciones de la Capital, desde el 1 de Febrero hasta el 31 de Diciembre 1898.

NACIONALIDAD	Omicid.		Lesiones	Robo	Disparo de armas simple	Disparo de armas con lesiones	Atentados contra la Autoridad	Asalto y robo	Violac. de domic.	Viol. de menores	Hurto y atentado a la autoridad	Heridas	Infanticidio	Hurto	Prevaricación	Bigamia	Quebra fraudol.	Defraudaciones	Estafa	Detención privada	Daños y perjuic.	Usurpaciones Estado Civil	Usurp. de Autorid.	Simulación	Calumnia	Incendio	Corrupción de menores	Negac. de deuda	Encubridores de robo	Uxoricidio	Malversación de capitales publ.	TOTAL
	cometidos	atentados																														
Argentinos	30	2	10	26	16	3	11	2	—	2	—	—	1	3	—	—	—	3	2	—	2	—	2	—	5	—	—	1	1	—	1	121
Italianos	40	2	9	21	15	8	5	—	—	—	—	—	1	2	—	—	1	2	1	—	—	1	—	—	3	1	1	—	1	1	—	119
Espanoles	9	—	3	10	5	1	7	—	—	1	—	1	—	—	1	—	1	6	2	—	—	—	—	1	—	—	—	—	1	—	—	50
Orientales	6	—	2	4	3	1	1	—	1	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	19
Franceses	1	1	—	3	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	7
Ingleses	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	2
Austriacos	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	2
Chilenos	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2
Paraguayes	1	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2
Brazileros	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Alemanos	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Portugueses	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Suecos	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Rusos	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Peruanos	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
TOTAL	88	5	24	69	39	13	24	2	1	3	1	1	2	8	1	1	2	12	5	1	2	1	2	1	11	1	1	1	4	1	1	330

CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Febrero de 1899.

MOVIMIENTO DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARÍA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES				CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES VARONES DE LA CAPITAL			
	Menores	Condenados	Encausados	Total	Condenados	Encausados	Menores enviados por la defensoría	Total	Condenados	Encausados	Menores enviados por la defensoría	Total
Existencia el 31 de Enero 1899 . .	1	604	781	1386	23	30	233	286	17	97	192	306
Entrados	—	9	333	342	—	38	75	113	25	57	3	85
Totales	1	613	1114	1728	23	68	308	399	42	154	195	391
Salidos	1	16	323	340	3	28	94	125	25	51	18	94
Existencia el 28 de Febrero 1899. .	—	597	791	1388	20	40	214	274	17	103	177	297

ESTADÍSTICA POLICIAL.

Delitos	
NATURALEZA	Número de delitos
Contra las personas	259
Contra la propiedad	267
Contra la honestidad	3
Contra las garantías individuales y el orden público	53
Total	582

CAUSAS	INDIVIDUOS ENTRADOS	
	En el Departamento	En las Comisarias
Ebriedad.	1539	101
Desorden	418	154
Uso de armas y otras contravenciones	463	773
Totales	2420	1028

Accidentes		
Accidentes	Víctimas	
214	215	

Incendios		
Incendios	Pérdidas	Valores asegurados
19	291990	258520

Suicidios y tentativas	RESULTADO		
	Varones	Mujeres	TOTAL
Suicidios	4	1	5
Tentativas	4	5	9
Totales.	8	6	14

A nuestros lectores:

El profesor Juan Bovio en repetidas cartas, y desde hace tres meses, nos anunciaba el envío de dos de los mas importantes capítulos de sul ibro sobre el « Genio » cuando era aún inédito.

Los artículos no nos llegaron y tenemos fundadas razones para creer que el correo italiano, en el que la policia política acostumbra á desatarse, se haya apoderado de los manuscritos; no siendo justamente ni el Sr. Bovio, ni nosotros de los fanáticos de la monarquía.

Cuando hayamos con certeza averiguado las cosas, no dejaremos de denunciar en la Revista este regio delito contra la propiedad, para demostrar como la falta de esas dos publicaciones no es debida á culpa nuestra.

El próximo número contendrá, entre otros, los artículos siguientes especiales para nuestra Revista :

1. S. SIGHELE — *La obra de D' Annunzio ante la Psiquiatria.*
2. GUILLERMO FERRERO — *Atavismo y Delito.*
3. Prof. PIO VEAZZI — *El Amor y el dolor en la delincuencia.*
4. Dr. PEDRO GORI — *Estudios Carcelarios.* (Visita á la Penitenciaría de Sierra Chica, con retratos de los criminales más celebres de la R. Argentina).
5. C. STEEVENS — *El mundo criminal Norte-Americano.*

LA DIRECCIÓN